DON ANIBAL MORILLO Y PÉREZ,
CONDE DE CARTAGENA, MARQUÉS DE LA PUERTA

EN HOMENAJE AL CONDE DE CARTAGENA

Próximo ya el momento en que han de entrar en plena posesión de los bienes que constituían el caudal del Conde de Cartagena las cinco Academias instituídas herederas por el generoso testador, las Corporaciones hermanas han tenido la gentileza de poner a disposición de la Academia de la Historia los papeles que constituían el archivo del finado.

Entre ellos ha aparecido el manuscrito, redactado en francés, de un conato de memorias que, como todo trabajo ingenuo de tal índole, tiene el atractivo peculiar de ser reflejo de la visión directa que de los sucesos obtuvo y retuvo quien, por haberlos presenciado y aun intervenido en ellos, los narra y comenta a través de esas sus subjetivas impresiones. En el caso de ahora, circunscrita la narración casi por completo a la referencia de cómo era y procedía la corte rusa, y el mundo diplomático que la rodeaba, en los días de la declaración de guerra de 1914, y avalorado el relato por la calidad del relatante, que poco antes había sido nombrado Embajador de España cerca del Zar, al interés que suele despertar siempre este género de crónicas se suma la particularidad de que su autor fuera uno de los contados españoles que asistieron en San Petersburgo a momentos tan trascendentales de los preliminares de la hecatombe europea y el único compatriota nuestro que desde tan conspicuo observatorio los atalayara en el caduco Imperio.

Por todo ello, la Academia de la Historia, aprovechando la ocasión para rendir público tributo de gratitud a la liberalidad del magnánimo prócer que tanto quiso favorecer la historiografía, se ha resuelto a dar a la imprenta, no obstante las indicaciones que en su *Advertencia preliminar* constan, el único ensayo

histórico que de don Aníbal Morillo y Pérez, conde de Cartagena, se conoce.

Cierto es que él, al componerlo, no lo destinaba a la publicidad; pero no lo es menos que ni la prohibía, ni hay en lo escrito grave indiscreción diplomática ni revelación de secretos de negociación, ni juicios que comprometan la buena memoria de quien los emitió. Son simples apuntes evocadores, redactados sin la menor presunción literaria, como de quien sólo para su propio recuerdo o para un reducido número de confidentes los destinaba, lo cual avalora su sinceridad. Y habiéndose cuidado en la traducción de conservarles su prístino carácter, sin más retoques ni cortes que los que se han tenido por indispensables, el lector hallará en ellos, aparte de amenas y personalísimas apreciaciones, felices rasgos de observación que a veces, como, por ejemplo, al describir el incendio de la Embajada de Alemania, rivalizarían en vigor de plasticidad con la más afortunada instantánea.

En otros pasajes, el autor aventura hipótesis controvertibles o asienta por su cuenta asertos tales como el de la responsabilidad de Sazonoff y del partido panslavista en la preparación de la guerra, responsabilidad que el antiguo ministro de Negocios Extranjeros de Nicolás II ha procurado sacudirse en su libro *Les années fatales* (1927), según se verá en algunas de las notas puestas a la traducción. Pero como quiera que precisamente un ejemplar de esa obra ha sido hallado en la biblioteca del Conde, y éste se da por enterado del fallecimiento del discutido estadista, es notorio que ni los citados descargos de tales *souvenirs* ni cualesquiera otros disuadieron a Cartagena de una convicción que, aunque tal vez errada, siguió manteniendo a pesar del manifiesto aprecio que hace de las dotes del inculpado. No hay, pues, reparo en hacer público un criterio que, evidentemente, no se modificó ante las alegaciones contrarias. Pero huelga consignar que la Academia, por la mera inserción de los *Recuerdos* en las siguientes páginas, no se considera partícipe de éste ni de otros conceptos, que quedan sometidos, en definitiva, a los fallos de la crítica histórica.

Interrumpido el trabajo, por motivo ignorado, cuando apenas alcanzaba a los días en que la guerra empezó, es asimismo evidente que sólo será útil para quienes analicen el nebuloso proceso de la gestación del gran conflicto. Con ello y todo, la Academia de la Historia, tanto por la escasez de aportaciones españolas al examen en vivo de tan culminante período, cuanto por

el autorizado relieve de quien lo firma, ha considerado digno de aparecer en el BOLETÍN el no acabado boceto. Y se honra en darle acogida en él, no sólo como aportación al estudio de los pródromos de la gigantesca convulsión, sino como homenaje de consideración a la benemérita pluma que lo redactara.

Por la Comisión,

F. DE LLANOS Y TORRIGLIA.

Recuerdos de mi Embajada en Rusia

(Manuscrito inédito del Conde de Cartagena)

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Hoy, día de Nochebuena de 1927, empiezo a escribir estos recuerdos. Obligado por la inacción, en estos últimos tiempos, a leer mucho para distraerme, he repasado sobre todo obras y memorias relacionadas con los acontecimientos de Rusia en la época de la Gran Guerra y de la Revolución. Y ello me ha hecho pensar que yo también podría decir algo sobre tales acontecimientos, de los cuales, en parte solamente, fuí espectador, ya que salí de Rusia antes de la Revolución.

Mi relato se compondrá únicamente de sucesos "al margen" de los públicos. La historia del principio del conflicto y la de la guerra en Rusia han tenido narradores de primerísimo orden e infinitamente más calificados que yo, toda vez que eran personajes que habían desempeñado más o menos importantes papeles en los acontecimientos desarrollados en tan terribles años.

Embajador de un país neutral, no estuve, por consiguiente, mezclado en ninguna negociación diplomática

relativa al conficto y me he de limitar a la parte, por decirlo así, anecdótica de las observaciones que hice durante mi estancia de dos años y medio en el Imperio de los Zares.

Escritos más de once años después de mi salida de Rusia, estos recuerdos tendrán forzosamente grandes lagunas y también no poco de descosidos. Pero como no están destinados a la publicidad y no caerán sino bajo la mirada de un número infinitamente restringido de lectores, quizás de la de ninguno, no tengo necesidad de implorar indulgencia.

En el mes de enero de 1914, estaba yo de paso en Barcelona. Por un periódico de Madrid que cayó en mis manos supe que el Gobierno se ocupaba en buscar un titular para la Embajada de S. M. en Rusia, que estaba vacante por dimisión del Conde de la Viñaza. Esta dimisión databa al parecer de varios meses atrás, cosa que me era en absoluto desconocida.

Algunos días más tarde leí en otro diario una gacetilla en la que se decía que probablemente la Embajada de Rusia sería ofrecida a una persona que había, antes de ahora, representado a España en un Centenario celebrado en la América del Sur. Debí reconocerme en tal persona, puesto que, desde tres años antes, no había habido otra misión para Centenarios en América que la que tuve a mi cargo como Embajador extraordinario cerca de la República de Venezuela; pero confieso que la idea de que pudiera tratarse de mí no se me pasó por la cabeza; únicamente algunos días después me acordé de la gacetilla del periódico.

En efecto, me fuí a París para pasar algunos días, y habiendo de ver a mis amigos de la Embajada, encontré allí un telegrama que me esperaba desde hacía unos días. El telegrama lo enviaba el Marqués de Lema,

ministro de Estado, y decía que necesitaba verme para un asunto urgente. Entonces me vino a la memoria el recuerdo de la consabida noticia; pero, sin embargo, no podía creer que se quisiera enviarme a San Petersburgo.

Hube de convencerme de lo contrario al llegar a Madrid. El Ministro me dijo sin rodeos que su telegrama no tenía otro objeto que el de proponerme de parte de S. M. y de su Gobierno el puesto de Rusia. Yo respondí al Ministro que me sorprendía en extremo un ofrecimiento tan halagador para mí y en el cual jamás hubiera podido pensar, añadiendo que no me creía en modo alguno preparado ni calificado para llenar, a satisfacción de S. M. y de su Gobierno, las altas funciones que se me proponían, y que, por consiguiente, y por muy honrado que estuviera con la elección que de mí había querido hacerse me veía obligado a responder con una negativa categórica, aunque extremadamente llena de reconocimiento.

Insistía, sin embargo, tan amable y firmemente, que, después de larga entrevista, acabé por decirle que reflexionaría, terminando nuestra conversación con mi promesa de darle una respuesta definitiva en plazo de tres días.

Al volver a mi casa se me informó de que S. M. deseaba verme y me presenté en la audiencia de dos días después. Me recibió el Rey con esa amabilidad extrema que tan bien conocen cuantos han tenido el honor de acercarse a él. Su Majestad me dijo en seguida que me felicitaba por mi nombramiento. Hube de referir entonces al Rey con todo detalle mi entrevista de la antevíspera con el Ministro y la negativa que hube de po-

ner a su halagüeña proposición. Al oír estas palabras la fisonomía jovial y amablemente placentera de S. M. cambió súbitamente de expresión; se puso serio, y muy afectuosamente me dijo cuánto deseaba que aceptase el puesto. "Ve allá —me decía—, soy yo quien te lo pide; si no te agradase, vuelves dentro de un año." Añadió, en fin, tales argumentos, tan persuasivos y al propio tiempo tan llanos y tan afectuosos, que me sentí vacilar fuertemente en mi decisión. Terminó diciéndome alegremente: "Vamos, estamos conformes: tú aceptas." No me quedaba más remedio que inclinarme ante él y dar gracias al Rey por su bondad. Me dió su venia para retirarme, pidiéndome que le viera antes de salir de Madrid.

He insistido sobre todos estos detalles de mi nombramiento, de los cuales no he omitido uno, a fin de responder a los maldicentes del gran mundo y de mis amigos los más íntimos, que no se recataban para decir que sólo debía mi puesto a mis intrigas y a mi inmensa ambición. Si yo hubiera sido un intrigante y un ambicioso, hubiera empleado mis talentos en obtener más tarde un puesto menos lejano y un clima mejor del que había tenido. Eso es lo que otros hubieran hecho en mi lugar, e incluso es lo que han hecho.

Durante los pocos días que me quedé en Madrid y que precedieron a mi salida, me pusieron al corriente de las circunstancias que habían motivado mi nombramiento. La Embajada en Rusia había sido ofrecida a varios diplomáticos de carrera, que la habían rehusado a causa de la lejanía, del clima y de la carestía de la vida; y he de hacer notar, de paso, que fueron más tarde esos mismos diplomáticos de carrera quienes se con-

virtieron en mis enemigos los más encarnizados. El puesto había sido ofrecido igualmente al Duque de Alba, gran señor que vivía su dulce existencia en Madrid, poco propicio a expatriarse. Dato era en estos momentos Presidente del Consejo. Yo tenía con él una buena amistad y, como dije antes, había sido Embajador extraordinario en Venezuela para las fiestas del Centenario de su Independencia, no habiendo querido que el Gobierno desembolsase un céntimo para esta misión. Había tomado a mi cargo todas sus expensas, y a mi vuelta en España recibí una fórmula oficial de gracias... y se acabó. Sin duda esta omisión era la que Dato había querido reparar; pero, lo repito, el puesto había sido ofrecido antes a varias personas, que lo habían declinado. Insisto mucho en ello, ya se verá luego por qué...

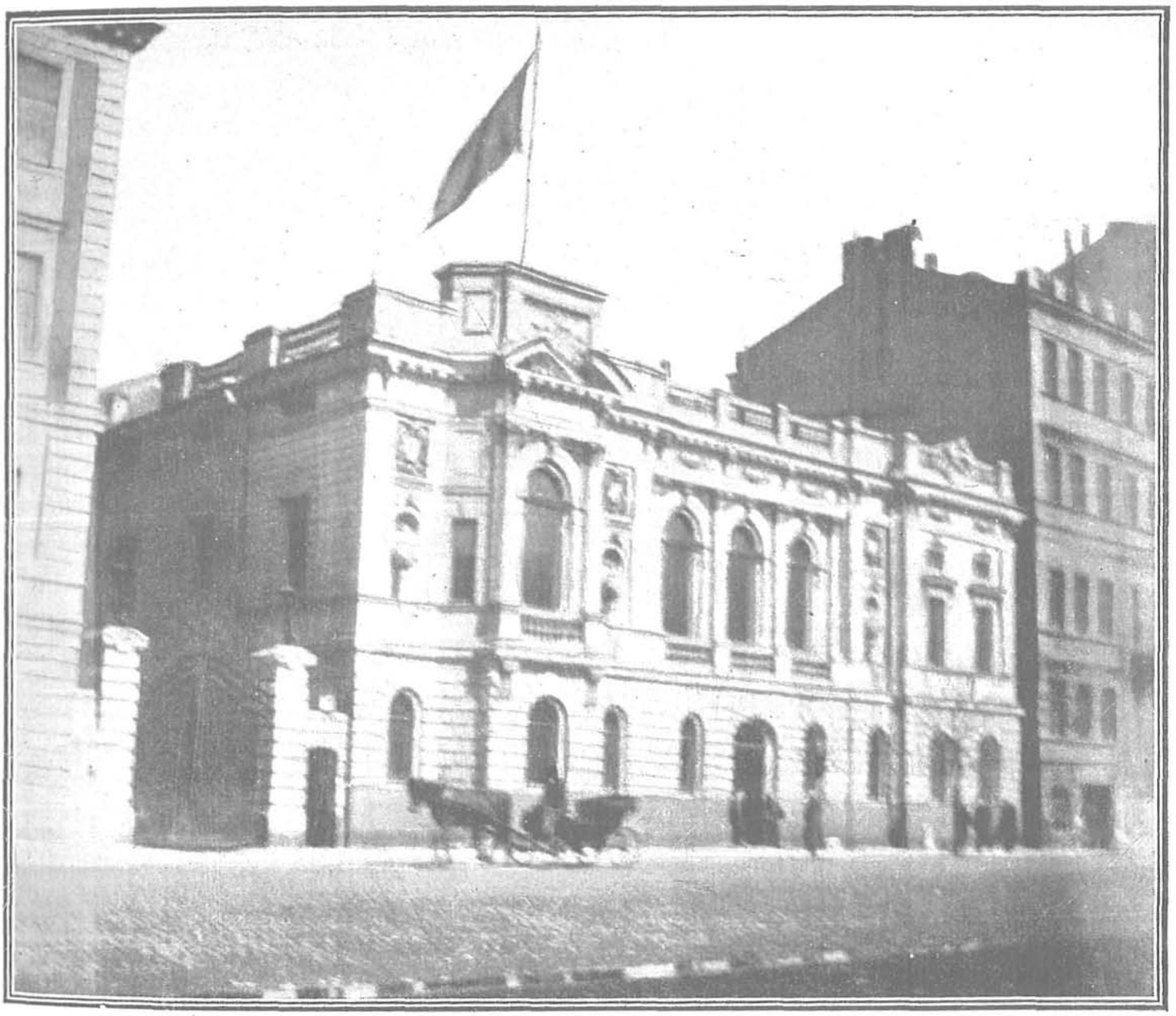
El nord-express me transportó a San Petersburgo. Durante el viaje reflexioné reposadamente sobre mi nueva situación. Mis predecesores pasaban cuatro o cinco meses del año en Rusia; el resto lo pasaban, oficial o extraoficialmente, en largas licencias. En Madrid se les creía en su puesto. En su puesto se les creía en Madrid, y durante ese tiempo estaban en París, Montecarlo, Biarritz o en otras partes. Aunque con mi celo de neófito mis intenciones fueran de permanecer más largamente en Rusia, los acontecimientos se encargaron de hacerme estar allí más de dos años sin interrupción. La ausencia de colonia española en Rusia, las muy limitadas relaciones comerciales que teníamos allí y el papel secundario de España en la política europea me garantizaban que podría cumplir mi misión fácilmente y con toda tranquilidad.

A mi llegada a San Petersburgo fuí recibido en la estación por el Secretario de la Embajada. Se me confirmó al llegar lo que ya se me había dicho, en efecto, antes de salir de Madrid. El hotel de la Embajada había ardido, en parte, unas semanas antes, y esperaban mi llegada antes de empezar los trabajos de reparación. Durante mi visita al hotel pude darme cuenta de la importancia de los daños. El primer piso, que comprendía los salones de recepción, el comedor y mi departamento particular, estaban totalmente destruídos. Solamente la planta baja, donde estaban la Cancillería y la habitación del Consejero, se había salvado. La casa no pertenecía al Gobierno español y el arrendamiento terminanaba seis meses después. Como el propietario no quería renovarlo, hube de ponerme a buscar una nueva instalación.

Mi ayuda de cámara había perdido tontamente mi equipaje y hube de esperar algunos días para poder presentarme al ministro de Negocios Extranjeros, monsieur Sazonoff, cuya muerte acabo de saber en este momento cuando me preparo a referir la primera visita que le hice (1).

Mi primera impresión fué en total de gran simpatía por el Ministro. Hombre de mundo completo, maneras encantadoras, gran sencillez. Me acogió con afabilidad y luego confirmé la verdad del adagio que sostiene que la primera impresión es la buena. Jamás en el transcurso de dos años, durante los cuales tuve que discutir frecuentemente con él sobre cuestiones delicadas,

(1) Sergio Dimitrijevich Sazonoff fué Ministro de Negocios Extranjeros desde 1910, fecha en que sucedió a Iswolsky, hasta 1916. (N. del T.)



La Embajada de España en San Petersburgo en 1914.

su perfecta amabilidad y su benevolencia se desmintieron ni un instante. Sazonoff era un sentimental. Amaba o detestaba; lo mismo en cuanto a las personas que en cuanto a la política. Tenía un verdadero culto por el Emperador, a quien llamaba un santo, y los acontecimientos han confirmado su dicho. En cuanto a sus adversarios políticos, los detestaba y se expresaba respecto de ellos a veces en términos los más duros y no siempre los más justos. Amaba a Servia y odiaba a Alemania (1). Sus recepciones de antes de la guerra eran perfectas y la seductora madame Sazonoff hacía los honores de un modo encantador.

Algunos días más tarde se me concedió audiencia para presentar mis cartas credenciales a S. M. el Emperador. Salí del hotel donde hube de alojarme a las diez de la mañana, y acompañado de los dos Secretarios de la Embajada y del Agregado militar, me dirigí a la estación de Tzarskoe-Selo, donde me esperaba el Gran Maestre de Ceremonias, varios funcionarios de la Corte y dos jóvenes pajes, cuyo bonito uniforme recordaba el de la Guardia prusiana. Subimos todos a un vagón-salón del tren imperial, que nos transportó a Tzarskoe-Selo en menos de una media hora. Allí nos aguardaban coches de gala de la Corte para llevarnos al Palacio Imperial. El cortejo al paso, sobre la nieve, con las grandes capas rojas de los cocheros y los lacayos a

(1) "Yo no fuí jamás contaminado por la germanofobia. ¿Será porque tengo en mis venas un poco de sangre alemana...? Desde que las aspiraciones reales de su política se hicieron ya aparentes, la admiración que experimentaba antes por ella se cambió en antipatía... Si es difícil no tener cierta estimación por Alemania, es imposible amarla; por lo menos, a quienes hemos visto y vivido todo aquello de que fuimos testigos."—*Les Années fatales.* (N. del T.)

pie, formaba un conjunto ciertamente pintoresco. Confieso, sin embargo, que esperaba algo más de solemnidad; estábamos, en realidad, muy lejos de los maravillosos cortejos de gala de los Embajadores, atravesando las calles de Madrid en las magníficas carrozas tiradas por seis caballos empenachados y llevados del diestro por los palafreneros con soberbias libreas, y seguidos de la Escolta Real, cortejos que frecuentemente había contemplado con admiración. Los coches del Emperador sólo llevaban tronco de dos caballos, y no carrozas doradas, sino simplemente esos que llaman *coupés a housse*.

Entramos en el patio de un palacete que más parecía la casa de un rico particular que la residencia del más poderoso Soberano del mundo. Ninguna guardia de honor en el patio, ni más centinelas que los habituales. Pasamos por un pequeño vestíbulo y, precedidos por un mayordomo y dos lacayos, atravesamos una antecámara, donde una veintena de soldados circasianos me rindieron honores. Cruzamos aún dos o tres piezas, cuyos muros estaban adornados con gran número de bandejas de plata, homenaje de las ciudades rusas, y al cabo llegamos a un saloncillo en el cual nos recibió el Conde Benkendorff, gran mariscal de la Corte.

Allí esperamos. Esperamos nuestro buen cuarto de hora largo, y he de confesar que me pareció que faltaba quizás algo de diligencia respecto al enviado de S. M. el Rey de España. Ya un poco nervioso, me decidí a preguntar al Conde Benkendorff si era que, por casualidad, había yo cometido algún error en cuanto a la hora de la audiencia, contestándome el Conde que S. M. estaba en conversación con el Ministro del Interior. Y en efec-

to, un momento después vi salir a un señor con una cartera grande. Inmediatamente el Mariscal de la Corte abrió una puerta y me encontré en presencia de S. M.

La habitación en que estábamos era un despachito muy severamente amueblado. El Emperador vestía un blusón ruso de seda carmesí, sobre el cual se había puesto el collar del Toisón de oro. Anchos pantalones y altas botas completaban su traje. Nicolás II era de pequeña estatura, pero esbelto y muy bien proporcionado. Parecía más joven de lo que era. Su fisonomía respiraba dulzura y también timidez, pero no daba impresión de franqueza. Me interrogó con afabilidad sobre mi viaje, me pidió noticias de la Familia Real de España y... se calló. Me miró con insistencia fijamente en los ojos. ¿Era por timidez o por fastidio de estar obligado a decir algo? Se fijó luego en mi uniforme de la Orden de Malta y me dijo: "¿Puedo preguntaros cuál es el uniforme que lleváis?" Satisfice su curiosidad y me hizo entonces otra pregunta sobre la medalla de Puente-Sampayo. Comprendí entonces que era preciso sostener la conversación de S. M. y tomé pie de lo de la medalla para decirle que había sido instituída para el centenario de una batalla contra Napoleón, y que en ella está grabada la efigie de mi abuelo; que en los años precedentes se habían celebrado en España varios centenarios de las guerras contra los franceses, aunque sin la menor animosidad contra nuestros antiguos adversarios. "Nosotros también —me respondió el Emperador— hemos celebrado los aniversarios de 1812, pero sin la más mínima animosidad." Después me pidió que le presentase el personal de la Embajada, al cual fuí a buscar en la cámara inmediata. Y hechas las presentacio-

nes, el Emperador nos dió venia para retirarnos y salimos del Palacio, esta vez por otras piezas, entre otras, el cuarto de juegos de los niños imperiales. Volvimos a San Petersburgo con el mismo ceremonial.

Apenas tuve tiempo, de regreso en el hotel, de almorzar rápidamente, porque a las tres debía tener el honor de ser presentado a la Emperatriz madre, María Fedorowna, en el Palacio Annitcoff (1). Esta vez no debía acompañarme el personal de la Embajada. A dicha hora me presenté en el Palacio de la Emperatriz madre y fuí recibido al pie de la escalera por su Gran Maestre de Ceremonias, Barón Korff, acompañado de algunos funcionarios de la Corte. Se formó el cortejo y subimos a las habitaciones de S. M. La fisonomía de la Emperatriz recordaba mucho la de su hijo, pero con una mayor vivacidad y más expresión. Se tenía con ella la impresión, no de hallarse enfrente de una Soberana, sino de una encantadora y amable dama del gran mundo, recibiendo mucho y recibiendo muy bien. La conversación fué muy sostenida y no sé cómo vino ella a hablar de la guerra ruso-japonesa. Me contó episodios de crueldad de los japoneses, me citó heridas de las balas *dum-dum* y me pintó un cuadro muy impresionante de todos aquellos horrores. Después de presentados mis respetos a la Emperatriz madre, fuí recibido por Su Alteza Imperial la señora Duquesa de Coburgo, que habitaba asimismo en el Palacio Annitcoff, unida por una gran amistad con María Fedorowna. La Duquesa de Coburgo, hija del Emperador Alejandro y, por con-

(1) Antiguo palacio del Zar Alejandro en la Perspectiva Newsky. (N. del T.)

siguiente, cuñada de la Emperatriz madre, era viuda del Duque de Edimburgo, hermano de Eduardo VII. Tenía cuatro hijas: la Reina de Rumania, la Gran Duquesa Cirilo, la Princesa Hohenlohe y la Infanta Beatriz de España, a quien yo había tenido el honor de saludar antes de salir de Madrid, y que me había encargado recuerdos para su madre.

Al volver a mi casa recibí una invitación para asistir aquella misma noche a una representación de *Parsifal*, que debía darse en el Teatro del Palacio del Ermitage en presencia de SS. MM. y de la Familia Imperial. Un poco mareado y un tanto fatigado también con tantas presentaciones en un día, me quité el uniforme, y después de haber reposado brevemente comí a escape y me apresuré a dirigirme al Ermitage.

El Palacio es una especie de anejo al edificio donde se encuentra el célebre Museo. Las proporciones exteriores y también las interiores son verdaderamente grandiosas. El teatro es hermoso; recuerda el del Príncipe Regente de Munich por la manera en que está dispuesto, con la diferencia de que el teatro de Munich tiene una fila de palcos que el del Ermitage no tiene. Todos los sitios están en anfiteatro; los revestimientos de la sala son de mármol de un tono grisáceo; las proporciones son muy bellas, y la escena espaciosa aunque poco profunda.

En primera fila estaban los sillones destinados a la Familia Imperial. Inmediatamente detrás, los de los Embajadores; luego, los de los Ministros Plenipotenciarios acreditados cerca de SS. MM. Confieso que, en los primeros momentos, me encontré un poco fuera de lugar. No conocía aún a ninguno de mis co-

legas del Cuerpo Diplomático, a los cuales no podía visitar sino después de haber presentado mis credenciales al Emperador. Felizmente para mí, mi vecino era el Marqués Carlotti, el encantador Embajador de Italia. Hicimos conocimiento espontáneamente y me presentó a algunos de mis colegas. El teatro ofrecía un aspecto brillantísimo y estaba completamente lleno. Las señoras, muy vestidas; los hombres, de frac con botones dorados y condecoraciones.

La familia Imperial hizo su entrada y tomó asiento en la primera fila. El Emperador, en el centro; tenía a su derecha a la Emperatriz madre, a su izquierda, su hija la Gran Duquesa Olga. En la misma línea, a derecha e izquierda del Soberano, los Príncipes y Princesas de la familia. El Emperador nos saludó, pero no dirigió la palabra a ninguno de nosotros.

La orquesta atacó la obertura. Con gran sorpresa mía, advertí que el director de orquesta llevaba uniforme de general con las insignias de ayudante de campo del Emperador. En Rusia el uniforme es cosa muy generalizada. Los funcionarios civiles, los alumnos de Institutos, los estudiantes de Universidad llevan uniformes de aspecto muy militar. Si a esto se añade el gran número de oficiales en activo que no se ponen jamás traje civil y el también gran número de oficiales retirados que llevan el uniforme hasta su muerte, el aspecto militar del director de orquesta de la Corte no tenía nada de muy sorprendente. Sin embargo, me informé de mi vecino preguntándole si el director de orquesta tenía categoría de general, y con gran sorpresa mía me respondió que lo era efectivamente. Más tarde supe que quien dirigía la orquesta con tanta maestría no era sino

el Conde Cheremetieff (1), que ostentaba uno de los más antiguos y también de los más ilustres nombres de Rusia. Este gran señor era, no sé si vive aún, un amable original. Poseedor de inmensa fortuna y muy aficionado a la música, arte en el cual tenía una rara competencia, había formado a sus expensas una compañía de ópera y daba aquella noche una representación a SS. MM. Orquesta, cantantes, coros, decoraciones, todo era suyo. Daba dos veces por semana representaciones públicas y gratuitas a los buenos petersburgueses en un teatro de la población alquilado a este efecto.

Otra originalidad del Conde Cheremetieff era su pasión por los incendios. Había formado, con grandes gastos, una compañía de bomberos que poseía el material más perfeccionado y más moderno. Esta compañía estaba acuartelada en una casa de campo que poseía en los arrabales de San Petersburgo. A mediodía, le rendía honores militares, y mientras la guardia entrante tomaba los lugares de la otra, el Conde se colocaba en el balcón a la hora de la parada. Cuando se daban señales de incendio, inmediatamente el Conde se ponía a la cabeza de sus bomberos e iba a ayudar a los de la Municipalidad para combatir el fuego, rindiendo así importantes servicios.

Volviendo a la representación de *Parsifal,* debo decir que fué de las más hermosas y de las más acabadas. Trajes y decoraciones eran de gran lujo. Al fin del primer acto, el Emperador se levantó y los invitados se esparcieron por los salones inmediatos a la sala del teatro. Los jefes de misión (únicos diplomáticos invitados a la

(1) Así parece decir el manuscrito. (N. del T.)

fiesta) formaron círculo, y la Emperatriz madre vino a decir una palabra amable a cada uno. El entreacto fué bastante largo, y circulando por los salones tuve la satisfacción de encontrarme con varias personas de la sociedad rusa a quienes había conocido en el extranjero, entre otras, a la Princesa Olga Orloff, cuyo marido, antiguo amigo mío, era el jefe de la Cancillería militar del Emperador. También encontré algunos de mis antiguos conocidos del Cuerpo diplomático.

Al final del segundo acto sirvieron la cena. Habría una docena de mesas. Yo tuve el honor de tomar asiento en la de S. M. el Emperador, que tenía enfrente de él a la Emperatriz madre. La Emperatriz Alejandra no asistía aquella noche a la fiesta. Yo me encontré colocado entre la Gran Duquesa Taciana y una joven Gran Duquesa de Mecklemburgo. La Gran Duquesa Taciana era verdaderamente encantadora. Acababa de cumplir diez y siete años. De cuerpo flexible y esbelto, con movimientos llenos de gracia y juventud, tenía también las más bonitas facciones, bellos y expresivos ojos, una sonrisa llena de encanto, admirables cabellos castaños que llevaba cortos y rizados. Su hermana, la Gran Duquesa Olga, que tomaba también parte en la cena, tenía también un cuerpo muy elegante pero era menos bonita.

Mi imperial vecina estaba visiblemente intimidada viéndose en la misma mesa que los Embajadores, a quienes no conocía. En efecto, no había en la mesa del soberano más que los Embajadores y varias personas de la Familia Imperial. Los Ministros habían tomado asiento en otra presidida por la Gran Duquesa María Pawlona, viuda del Gran Duque Wladimir. Ya he dicho que mi imperial vecina estaba como cortada y esto era muy

natural: era la primera vez que asistía a una fiesta. El Emperador no recibía jamás. Vivía en familia, como el menos mundano de los particulares. Sus hijas no veían nunca a nadie, a no ser el círculo inmediato del Soberano. Este círculo se componía principalmente del Conde Fredericks, Ministro de la Casa Imperial y del Conde Benkendorff, Gran Mariscal de la Corte. Estos dos dignatarios eran ancianos.

Sería preciso una pluma distinta de la mía para poder expresar con exactitud las observaciones que hice durante la comida. El Emperador sonreía dulcemente y sin alegría: su pensamiento estaba ausente. Era como un buen padre que ha sacado a sus hijas para que se diviertan, pero él no se divierte. Este Soberano todopoderoso, para quien la familia era todo, pensaba quizás en su hijo enfermo. Su madre, enfrente de él, entre el Embajador de Alemania y el del Japón, hablaba con uno y otro con el aspecto de una señora elegante que hace los honores de su casa. De los suyos se ocupaba poco.

Yo entablé conversación con la Gran Duquesa Taciana sobre esos temas de notoria futilidad que se tratan en sociedad con una muchacha a quien se ve por primera vez. Ella respondía con cortedad, no porque no hablase muy correctamente el francés, sino porque visiblemente estaba molesta al encontrarse entre tanta gente y sobre todo entre extranjeros. De vez en cuando la Gran Duquesa dirigía a su padre miradas no desprovistas de cierta angustia y su padre le contestaba con una dulce sonrisa animadora. Se advertía tras la exterioridad regia una íntima vida de familia, toda de profunda y recíproca afección, interrumpida aquella noche por las exigencias de la vida oficial.

No he conservado sino un vago recuerdo de la última parte de la representación teatral. Terminó a las dos y media de la madrugada. Yo, que me había levantado temprano, que había tenido que ir y volver de Tzarkoe-Selo, y a quien las visitas habían fatigado extraordinariamente, no sabría negar que no me hubiera medio dormido hacia el fin de la fiesta. Al menos esto me dijo mi amable colega y vecino el Embajador de Italia.

Después de mi presentación al Soberano, hice, según costumbre, mi petición de presentación a los Grandes Duques y Grandes Duquesas. Ni los unos ni las otras se apresuraron a concederme las audiencias pedidas. Algunos ni respondieron siquiera. Más adelante tendré ocasión de hablar de algunas de las audiencias granducales que me fueron otorgadas. Pero antes debo pasar revista a mis colegas del Cuerpo Diplomático.

El Decano era el Conde de Pourtalés, Embajador de Alemania (1). Por él, pues, empecé mis visitas. El Conde de Pourtalés había sensiblemente rebasado la sesentena. Gran señor de pies a cabeza, con mucha soltura y de maneras exquisitas, me puso muy amablemente al corriente de la etiqueta que debía observar en el curso de mis visitas. El Conde era un diplomático de la vieja escuela, a caballo sobre las precedencias. Insistió en que no debía visitar más que a los Embajadores, siendo los Ministros quienes debían venir a verme. No creí, sin embargo, que debía atenerme demasiado estrictamente a estas instrucciones. Varios de los Ministros acreditados en San Petersburgo eran hombres notoriamente

(1) El Conde Federico de Pourtalés era Embajador cerca del Zar desde 1908. (N. del T.)

más viejos que yo, y creo que me agradecieron que les evitara dar el primer paso.

La Embajada de Alemania, construída con arreglo a normas precisas del Emperador Guillermo II, era una suntuosa construcción, donde, desgraciadamente, la riqueza de la construcción suplía frecuentemente al buen gusto. Yo no podía sospechar que habría de asistir algunos meses más tarde a su destrucción por una multitud fanatizada. El Conde de Pourtalés era un ilustrado coleccionador y había reunido en sus salones verdaderas maravillas. Hablando de la Corte de Rusia, el Embajador me dijo: "El Emperador no recibe jamás; nunca hay una fiesta; la de anteayer en el Ermitage ha sido una gran excepción. Nosotros le vemos muy raras veces. No le agrada ver a los diplomáticos. Sólo nos invita a los entierros, nunca a las fiestas de familia; en una palabra, nos invita a participar de sus tristezas y no de sus satisfacciones."

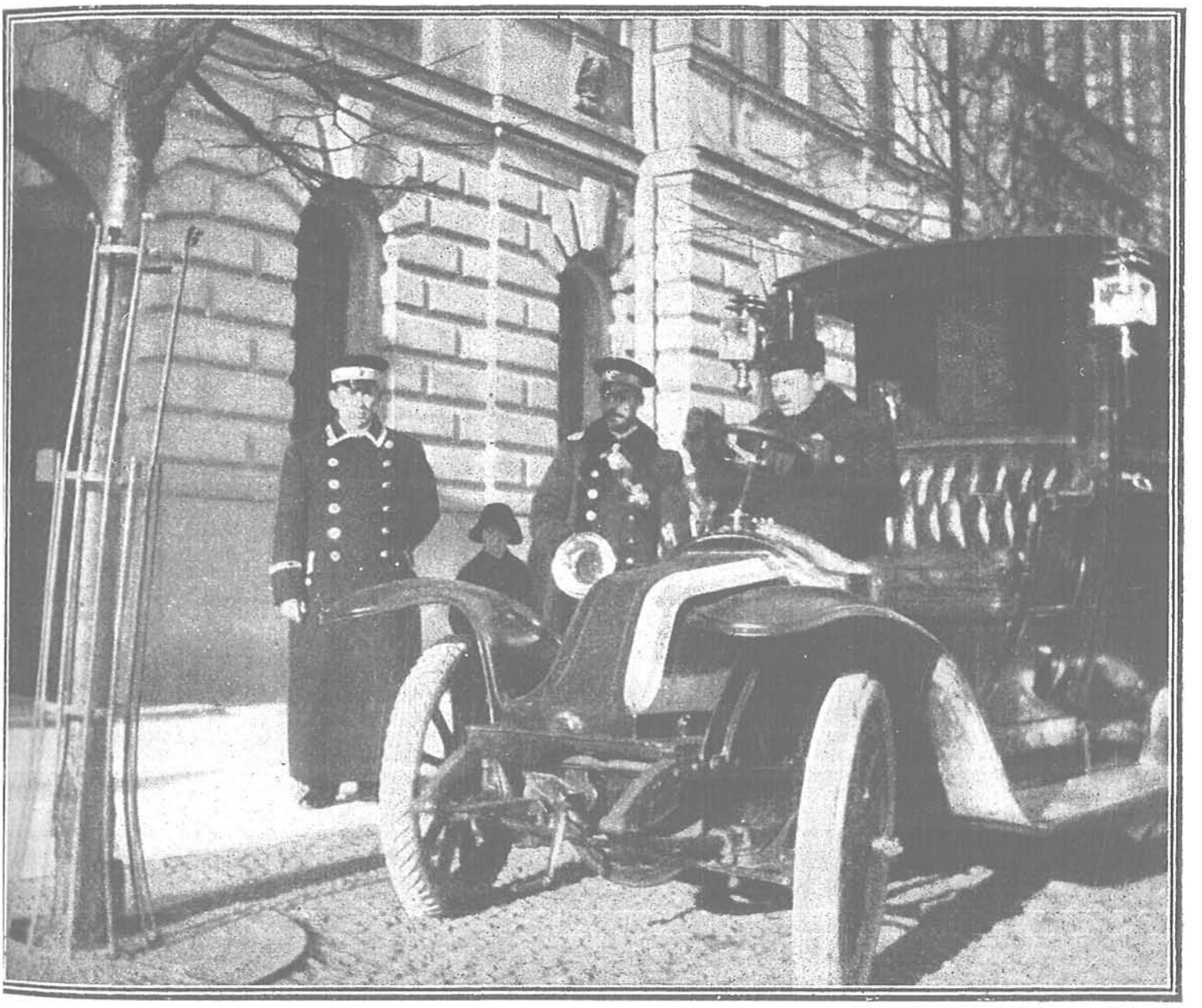
El Embajador del Japón, Barón Motono, pasaba en San Petersburgo por el diplomático de más alta inteligencia acreditado cerca del Czar y creo que merecía esta reputación. Excesivamente político y frío en sus expresiones, tuve frecuentemente ocasión de admirar la justeza de sus juicios y de su manera de comprender los acontecimientos. Su situación en Rusia, diez años después de la guerra de Mandchuria, no era fácil. Algunas personas no querían frecuentar su casa y él iba poco a sociedad; Rusia no había podido perdonar aún su derrota. La Baronesa Motono hacía los honores de su casa llevando casi siempre el traje nacional. La Embajada era muy numerosa; una multitud de secretarios y agregados, que me ponían en verdadero aprieto, no con-

siguiendo distinguir a unos de otros: tanto me parecían iguales todos. Reinaba en la Embajada del Japón una verdadera disciplina.

Italia estaba representada por el Marqués Carlotti, fino, amable, de elevada cultura, apasionado en política. Hombre de encantadora información, fué para mí un agradabilísimo y simpático colega. Le vi más tarde en Madrid, para donde fué nombrado después de Rusia, y también en Roma y en su bello palacio de Verona, su pueblo natal. El Consejero de la Embajada era el Príncipe Alliata de Montereale, encantador siciliano. Más tarde conocí en Palermo a una hermana suya, la bonita Princesa Gauci, cuyo palacio era una verdadera maravilla.

Sir Georges Buchanan era el representante de S. M. Jorge V. Se ha hablado tanto de él a propósito de los acontecimientos de Rusia, que me sería difícil añadir algo más. Era una gran figura de hombre, de extremada elegancia en su porte y en sus maneras. Era muy mesurado en sus juicios y lo tuve siempre por persona de muy superior inteligencia (1). La sociedad rusa no le quería. Le consideraba altanero y poco amigo de Rusia. Lady Buchanan tampoco era más querida. En sus conversaciones, criticaba un poco demasiado francamente a Rusia, sus costumbres, su sociedad y a veces su Corte. Debo decir que conmigo se portaron ambos perfectamente y me acogieron en todo momento del modo más amable. Yo iba siempre a su casa con el mayor gus-

(1) Jorge Guillermo Buchanan fué Embajador en Rusia desde 1908 a 1918. Se le considera uno de los principales autores de la política de aislamiento de Alemania y se le acusó de fomentar la revolución rusa. Ha fallecido en 1924. (N. del T.)



El coche del Embajador (1914).

to. Bajo el punto de vista político, Sir Georges era quizás discutible; bajo el punto de vista privado, era un verdadero caballero. Su Consejero era O'Beirne, a quien yo había conocido mucho en París y que pereció tan tristemente en el navío que debía transportar a Lord Kitchener a Rusia. O'Beirne era un agradable hombre de mundo. Al principio era comensal habitual de los Wladimir Orloff, que le habían hecho una reputación de diplomático genial, y esto en detrimento de su jefe, a quien ellos no querían. Parece inverosímil, a quienes la han conocido, que la opinión de la Princesa Olga Orloff pudiera tener el menor influjo sobre la sociedad rusa. Sin embargo, había acabado por persuadir a muchas gentes de que todo lo bueno que pasaba en la Embajada de Inglaterra era obra de O'Beirne y que Sir Georges no servía para nada. Después, los rusos habrán podido darse cuenta del valor de los juicios del matrimonio Orloff.

Conocí poco al Embajador de Austria, Conde Zapary, húngaro de gran casa, con aspecto y maneras verdaderamente señoriles. Acababa de ser nombrado y hubo de ausentarse poco después de la presentación de sus credenciales para asistir a un hijo suyo gravemente enfermo en Budapest. Era joven y simpático. Volvió a San Petersburgo en el momento de la crisis que precedió a la guerra...

Monsieur Paleologue había sucedido, poco antes de mi llegada, a monsieur Delcassé como Embajador de la República francesa. Amabilísimo hombre, exquisito literato, brillante conversador, representaba muy bien el carácter de su nación. Fué el único diplomático que recibió durante la guerra. Sus comidas, aunque grande-

mente limitadas a causa de las circunstancias, eran, a pesar de ello, elegantísimas, pues él gustaba de invitar al corrillo más brillante de la sociedad rusa.

Entre los ministros acreditados en Rusia, guardo el mejor recuerdo del excelente y bravo general Brandstrone, representante de Suecia; del Barón Svertg, ministro de los Países Bajos, de espíritu maravillosamente original, y de Mr. Scavenius, el danés, diplomático de notable cultura. El Ministro de Bulgaria era el General Radko Dimitrieff, apodado el *Napoleón de los Balkanes*. Cuando se declaró la guerra dejó la Legación para tomar el mando de un cuerpo de ejército ruso, y su conducta fué brillantísima durante todas las hostilidades. También veía yo con frecuencia al simpático Ministro de Portugal, Batalha Reis, y sus bellas hijas.

Pocos días después de presentar mis credenciales fuí admitido en el Yacht Club, el círculo elegante de San Petersburgo, frecuentado por los Grandes Duques, y Meca santa de la juventud dorada. Allí solían encontrarse, además de los hombres del gran mundo ruso, la mayoría de los Embajadores y algunos Secretarios. Los Ministros no solían ir. Se pretendía en Rusia que las más lucidas carreras, sobre todo las militares, se hacían en el Yacht Club. Exageración aparte, era un hecho que muchos jóvenes oficiales de los regimientos más brillantes de la Guardia tenían la oportunidad de acercarse en los salones del Club a los Grandes Duques y otros personajes influyentes y que la intimidad creada por el juego y las comidas en común no era extraña a los rápidos ascensos. Debo decir que el mejor tono y la más perfecta cortesía hacia los extranjeros reina-

ban en el Yacht Club. Las conversaciones en él eran frecuentemente muy interesantes.

La primera respuesta a mis peticiones de audiencias granducales me la envió el Gran Duque Nicolás Nicolaeiewitch, tío del Emperador y Comandante en jefe de la circunscripción militar de San Petersburgo. Habitaba un bellísimo palacio sobre la orilla derecha del Neva. De estatura y modales imponentes, el Gran Duque inspiraba respeto. Sobrio y reservado en sus opiniones, sus maneras todas respiraban una gran dignidad. Su acogida fué amable y cortés.

Mi segunda audiencia granducal fué la del Gran Duque Alejandro Michaelovitch, casado con la Gran Duquesa Xenia, hermana del Emperador. Al llegar a la audiencia, encontré en el salón de espera a mis colegas de Francia, Italia y Austria. Evidentemente, Sus Altezas, poco deseosos de conceder numerosas audiencias separadas, habían preparado hacer una hornada. Fuimos llamados por orden de lista, según nuestros rangos y antigüedad. Yo debía, pues, pasar el último, pero mi espera no fué larga, lo que me hizo dudar del interés que Sus Altezas tomaban en la conversación de mis colegas. No me había equivocado, porque, a mi entrada y después de mi respetuoso saludo, fuí acogido con un característico bostezo del Gran Duque, bostezo que no se tomó el trabajo de disimular. Ya sabía a qué atenerme. El Gran Duque hizo un visible esfuerzo por buscar un tema de conversación, que fué obligadamente meteorológico, tema respecto del cual no me cogió desprevenido, porque desde mi llegada a Rusia había hecho sobre el particular las más numerosas y más pesimistas observaciones. A pesar de todo, la conversación lan-

guidecía. Y a una inclinación de cabeza del Gran Duque, acompañada de un nuevo y sonoro bostezo, comprendí que la audiencia había terminado. Nuevo saludo y retirada.

Los otros Grandes Duques y Grandes Duquesas no respondieron jamás a mi petición de audiencia. Mis colegas me dijeron que siempre pasaba lo mismo.

Yo había hecho, tanto en casa del Ministro de Negocios Extranjeros como en las de mis colegas, relación con numerosas personas de la sociedad rusa. Muchas, por no decir la mayor parte de estas personas, llegaron a ser para mí excelentes amigos, de quienes conservo el mejor y más afectuoso recuerdo. No creo que sea posible encontrar una sociedad más agradable ni más hospitalaria que la de los rusos de clase distinguida. Reina entre ellos el mejor tono, la más exquisita educación y la conversación más interesante. Yo, antes de llegar a San Petersburgo, tenía las ideas más erróneas sobre la vida rusa. Eran las mismas de todos los occidentales, que se imaginaban una vida de fiestas, de lujo desenfrenado, de cenas extravagantes, de carreras en trineo; en una palabra, todas las mentiras que pasman de admiración a los lectores de falsas novelas rusas. Por el contrario, encontré una sociedad compuesta por personas de una atractiva sencillez, de un serio trato de gentes, de espíritu notablemente cultivado, al corriente de cuanto se dice y se escribe en Europa. Al cabo de poco tiempo, si se tiene la suerte de caer simpático a los rusos, éstos os acogen como a un antiguo amigo, os ponen al corriente de sus asuntos de familia y no os sentís extranjero entre ellos, sino que, al contrario, os parece que les habéis conocido siempre; y son

amigos seguros, con los cuales podéis contar siempre, en toda ocasión. Su principal encanto reside en su extrema llaneza. La "pose" es entre ellos cosa desconocida, tanto como el "snobismo". Este último defecto, tan corriente en todas las sociedades de Europa, es en Rusia absolutamente desconocido, y esto se explica perfectamente porque entre ellos se pertenece a la buena sociedad por derecho de nacimiento y no se llega nunca a introducirse en ella por esas bajas y equívocas maniobras tan empleadas en otros países por personas deseosas de desenvolverse en un medio elegante que no es el suyo.

Otro error de los occidentales respecto a Rusia consistía en tomar por moneda constante y sonante todas las patochadas que contaba diariamente la prensa europea sobre la tiranía del gobierno czarista. Creyéndola, no había en el desgraciado país ni la menor sombra de libertad. Por una simple sospecha o por una denuncia, las gentes salían deportadas para Siberia. Nadie podía decir una palabra de desafecto al régimen sin exponerse a los más crueles castigos. Al cabo de algún tiempo de estancia, me di cuenta de que todo esto era falso. En las conversaciones mundanas, las más violentas críticas al gobierno y a las personas de la imperial familia se formulaban abiertamente. Se permitían las observaciones más groseras sobre los actos de los ministros. La vida privada de los Grandes Duques y aun la de los Soberanos se exponía a la plena luz de las conversaciones. Y sin embargo nadie iba a Siberia y la opinión de cada cual era respetada. En suma, la mayor libertad reinaba en el país. Rusia era el país de las leyes draconianas, atemperadas por la más completa inobservancia.

Lo mismo respecto de la famosa leyenda del pueblo conducido a golpes de *knout*. Jamás he visto yo a la multitud rusa maltratada por la policía. Recuerdo un gran incendio en Moscou. Millares de personas forcejeaban, para ver mejor el siniestro, por romper el cordón formado por los cosacos encargados del servicio de orden. En un país occidental cualquiera, la policía hubiera repartido no pocos trompazos. En Moscou, nada parecido. El gentío era apartado dulcemente, los soldados hablaban a los curiosos con bondad; ni un gesto violento, ni una brutalidad.

Recuerdo el caso del Príncipe K., personaje investido de una alta dignidad en la Corte. Tuvo una discusión con un cochero de punto y, habiéndole éste contestado con la mayor insolencia, el Príncipe alzó sobre él su bastón. El cochero fué a quejarse a la Policía de que había sido amenazado. El Príncipe fué citado ante el Tribunal, y su abogado, que me contó el caso, pasó los grandes apuros del mundo para conseguir que saliera del proceso mediante el pago de una fuerte multa.

A mi llegada a Rusia, hacía apenas ocho años que había terminado la desastrosa guerra con el Japón, y ya el país, con sus maravillosos e inagotables recursos, se había rehecho de un modo estupendo. Las bancas rebosaban de oro. La exportación era floreciente, y cereales y otros productos agrícolas nutrían a una parte de Europa. En San Petersburgo el precio de los terrenos y de las casas alcanzaban tipos hasta entonces desconocidos. En una palabra: Rusia gozaba de una prosperidad magnífica. La política del Conde Witte entraba por mucho en esta maravillosa situación económica y financiera. El Conde Witte es el más maravilloso hombre de

Estado que el Imperio tuvo en estos últimos cincuenta años. Desgraciadamente, ya no estaba en el poder. Nicolás II le había apreciado y había sufrido su benéfica influencia; pero, como todos los débiles, en un momento dado, había tomado antipatía a quien, durante algún tiempo, había dominado su voluntad. Aparte sus cualidades de financiero y de hombre de gobierno, el Conde Witte había dado la medida de su competencia diplomática negociando la paz de Portsmouth en las circunstancias más difíciles. El Conde Witte había sostenido el proyecto de una triple alianza europea: Rusia, Alemania y Francia. Si hubiera podido realizar este plan, la guerra no hubiera estallado; pero esta triple alianza no entraba en las intenciones del partido panslavista, cuyos manejos, al llegar yo a Rusia, estaban en pleno desenvolvimiento. Desgraciadamente, conocí poco a Witte. Al principio de la guerra vino a verme para pedirme medios de hacer volver a San Petersburgo a la Condesa y su hija, que se encontraban en Biarritz. No hablamos más que de cosas insignificantes, y ya no tuve ocasión de verle antes de su muerte, que ocurrió pocos meses más tarde. La noche de su visita, yo comía en el Yacht Club, enfrente de Sazonoff. En el curso de la conversación referí que Witte había estado a verme. Sazonoff saltó en la silla. "¡Cómo! —exclamó—. ¿Ese puerco de Witte ha estado en casa de usted? ¡Qué tupé!" Yo repliqué que me consideraba muy dichoso por haber hecho el conocimiento de hombre tan célebre. "¡Hombre célebre! —gritó Sazonoff—. ¡Un puerco, capaz de todas las villanías y de todas las bajezas para satisfacer su ambición!" No he conocido nunca los motivos de odio tan violento de Sazonoff respecto del Conde Witte...

Alguna vez he vuelto a ver a la Condesa, mujer de superior inteligencia.

Yo vivía en París durante una gran parte del año en la época en que se formalizó la alianza franco-rusa. Fuí, pues, testigo del entusiasmo popular en el momento de la visita del Mariscal Avellane y vi la entrada triunfal del Emperador y de la Emperatriz de Rusia en París. Después había visto la manera acogedora con que el menor personaje ruso era recibido en Francia, y el apresuramiento con que se cubrieron los empréstitos rusos contratados en Francia. Esperaba, pues, encontrar en Rusia la contrapartida de esta gran simpatía. Con gran sorpresa mía, no hallé nada que se le pareciera. Las clases inferiores de la sociedad ignoraban, por supuesto, a Francia, tanto como a los otros países. Y no sé cuál sería el grado de simpatía de las clases medias hacia la República francesa; pero puedo afirmar que la clase elevada, la única cuya opinión tenía algún peso, no disimulaba su falta de inclinación hacia los aliados franceses. El encaprichamiento de los rusos de la aristocracia por las diversiones de París, de la Riviera y de los balnearios a la moda era muy conocido. Tampoco podría negarse sus simpatías por determinadas personas de la sociedad elegante de París. Pero tampoco podría negarse el acento de menosprecio con que hablaban del Gobierno de la Repúbica y de sus hombres de gobierno.

Para la aristocracia rusa, imbuída del prejuicio de casta, Francia representaba al cabo la democracia, el jacobinismo y la francmasonería; es decir, el antípoda de sus propias ideas. Los millones franceses prestados a Rusia no habían despertado en ésta ningún reconoci-

miento: esto hacía pensar en el estado de espíritu de un gran señor haciéndose prestar dinero por un hombre de un rango inferior y creyendo que es él quien ha rendido un servicio dignándose empeñarse con alguien que le estaba muy por debajo. Esto aparte, los tales empréstitos no tomaban siempre el camino indicado por el prestamista. Yo tuve ocasión de ver en San Petersburgo a un francés, ciertamente encantador, que había ido allá, por consejo de su Gobierno, para proponer la construcción de un camino de hierro estratégico destinado a transportar rápidamente tropas sobre el frente occidental. Los tales caminos de hierro eran, según parece, una de las condiciones del empréstito, y los franceses deberían gozar de preferencia para obtener su construcción. El ferrocarril en cuestión, por lo que me refirió el francés aludido, no se construyó jamás y el dinero fué empleado en no sé qué en el interior del país. Esto, naturalmente, disgustaba en Francia, pero los rusos decían que, puesto que ellos pagaban un bonito interés, pretendían hacer lo que quisieran con el dinero prestado, y los franceses no osaban quejarse demasiado, de miedo de descontentar a sus únicos aliados.

En la primavera de 1914 las relaciones ruso-alemanas adquirieron un grado de acritud excesivamente pronunciado. La prensa de ambos países sostuvo una campaña de violencia inaudita, aprovechando el menor pretexto para vomitar injurias sobre el adversario. Y la opinión rusa comenzó a acalorarse bajo la influencia de los periódicos... Es preciso remontar a Pedro el Grande para encontrar el principio de la influencia alemana en Rusia. Aquel gran Soberano se inspiró en las instituciones alemanas para reformar el ejército y la ad-

ministración civil. Luego sus sucesores siguieron el ejemplo. Puede decirse, sin exageración, que cuanto significa cultura y progreso en Rusia era de importación alemana. La mayoría de los jóvenes que seguían profesiones liberales iban a perfeccionar sus estudios en las Universidades y escuelas especiales alemanas. Una muchedumbre de técnicos alemanes residía en Rusia, así como numerosos industriales y comerciantes, que no eran uno de los menores elementos de trabajo y de prosperidad en su país de adopción. Desde el punto de vista político, los enlaces de soberanos rusos con princesas alemanas y las tradiciones interrumpidas de la Santa Alianza hasta el reinado de Alejandro III habían cimentado entre ambos países una amistad que nada parecía jamás turbar. El cambio, pues, sobrevino bajo el reinado de Alejandro III y es demasiado conocido para que yo me permita insistir. He oído decir a personas bien enteradas que tal cambio se debió sobre todo a la influencia de la Emperatriz María, danesa, que no había perdonado jamás a los alemanes la guerra del Schleswig. Ya dije que la Emperatriz María tenía maneras llenas de atractivos y amabilidad, pero era mezquina en sus ideas, rencorosa y odiadora, y si pudo separar ya a su marido de la amistad alemana, es igualmente cierto que su influencia no contribuyó poco a alejar de ella a Nicolás II.

Dije ya hasta qué punto llegaba el influjo de la cultura alemana en Rusia. No había un ruso de mediana educación que no hablase correctamente el alemán, lengua extranjera que era la casi únicamente hablada en el comercio... Preciso era, pues, socavar esta influencia de largos años; el denigramiento sistemático por

el libro y por la prensa. De ello se habían encargado los panslavistas, y he de decir que lo habían logrado por completo, ayudados desde el principio por el Emperador Alejandro III, y como la idea panslavista había de desenvolverse sobre todo a expensas de Austria, había que empezar por demoler toda la influencia de Alemania, que era la aliada de los Habsburgos. Así se explica toda la política de Alejandro III al buscar, como compensación, la amistad de Francia. En fin, todo esto es sobradamente conocido para que yo insista, y si hablo de ello es para explicar bien la campaña de prensa destinada a volver contra Alemania la opinión pública rusa. Dicha nación tenía el don de excitar hasta el paroxismo la aversión de Sazonoff, odio que no disimulaba en ocasión alguna, y a mí me sorprendía frecuentemente oír a un Ministro de Negocios Extranjeros expresarse en público en tonos violentos cuando hablaba de la que, al menos hasta aquel momento, era una nación amiga. El blanco de sus iras era monsieur von Lucius, consejero de la Embajada de Alemania. Cuando hablaba de él, y hablaba a menudo, no podía disimular su furor y no se preocupaba de suavizar sus expresiones, cubriéndole de los epítetos menos corteses. Y yo no sé si era debido a la reciprocidad, tan cara a los diplomáticos; pero monsieur von Lucius tampoco era tierno siempre para Rusia, aunque siempre respetuoso con el Ministro de Negocios Extranjeros.

Este estado de tirantez, provocado por los periódicos rusos, a los cuales los periódicos alemanes replicaban con usura, duró toda la primavera hasta el instante del asesinato del archiduque Francisco Fernando. Comía yo en el Club aquella tarde. El Príncipe de Furs-

tenberg, secretario de la Embajada de Austria, hizo súbitamente su entrada en él. Venía pálido y descompuesto. "Esos bandidos de servios —dijo— han asesinado al Archiduque." Aquello sonó como un trueno. Nadie dijo palabra mientras el Príncipe nos daba algunos detalles del drama. Pocos días más tarde hube de ir a París para asistir a los funerales de la señora de Quiñones de León, madre de nuestro actual Embajador en París y amigo íntimo mío. Me quedé pocos días en París, donde encontré al capitán de Estado Mayor Luque, agregado militar a la Embajada de España en Petersburgo, que volvía de una licencia. Nos decidimos a volver reunidos; permanecimos un día en Berlín y seguimos para Rusia. Pasamos por Kovno a media tarde y con gran sorpresa nuestra vimos centenares de hombres trabajando en las fortificaciones de la plaza fuerte. Luque y yo nos miramos estupefactos. No cabía duda; el tren había disminuído su velocidad y se detuvo en la estación, desde donde se veían los trabajos. "¿Es seguramente en las fortificaciones donde se trabaja? —pregunté a Luque—. ¿Está usted cierto de ello?" "Absolutamente seguro" —me respondió—, y me dió algunas explicaciones técnicas respecto a los movimientos de tierra que se veían. Quedamos penosamente impresionados, convencidos de que la guerra se preparaba.

Yo había abreviado mi estancia en París, queriendo estar de regreso en mi puesto algunos días antes de la llegada del Presidente Poincaré, que se proponía hacer su visita al Emperador Nicolás. A mi llegada a San Petersburgo, en la actitud de varios de mis colegas tuve ocasión de advertir que "algo había allí de nuevo", pero algo que era muy difícil definir. Los Ministros de las

pequeñas potencias eran menos herméticos en sus dichos que los Embajadores de las Grandes Potencias, y por medio de ellos intenté algunos sondeos, que no me dieron resultado alguno: era evidente que aquellos a quienes me dirigí tampoco sabían nada. Pero a los pocos días los periódicos hablaron de una especie de pequeña movilización del ejército italiano, y aprovechando la ocasión convidé a mi colega Carlotti a dar una vuelta por las islas en automóvil, durante la cual tanteé de nuevo sondearle; pero tenía que habérmelas con quien era más astuto que yo y no pude conseguir nada. Tres días más tarde, nuevo paseo con Carlotti; y esta vez fué él quien me preguntó si sabía yo alguna cosa respecto a la situación, que, según dijo, era incierta y algún tanto inquietante. Puse cara de saber algo, pero de no querer decir nada, en la esperanza de que él concretaría más sus preguntas y podría de ese modo sonsacarle algo; pero era con él un juego muy difícil y cambió de conversación. Me declaró, sin embargo, que la noticia de movimientos italianos era falsa por completo.

En una hermosa mañana de julio, el cañón tronó en la ciudadela de los Santos Pedro y Pablo. Monsieur Poincaré había llegado a Cronstadt, donde el Emperador había ido a recibirle y desde donde le había acompañado a San Petersburgo. Ese día fuí invitado a un soberbio *yacht* propiedad de un americano, míster P., quien había llegado a San Petersburgo acompañado de su familia y de algunos convidados, entre ellos monsieur André de Fouquieres, y que para tal día había invitado también al Embajador de Inglaterra y lady Buchanan, al Conde de Buisseret, ministro de Bélgica, a

varios Secretarios y Agregados y a algunas personas de la alta Sociedad de San Petersburgo. Zarpamos hacia Cronstadt para ver las escuadras. Al acercarnos, el capitan del *yacht* avanzaba con cierta cautela por no conocer bien la bahía. El general Conde de N., jefe de Estado Mayor de la Guardia, iba a bordo entre los invitados, y como había poseído antiguamente un pequeño velero, lo que le autorizaba para tener ciertas pretensiones sobre la dirección de los barcos, subió a la pasarela y se puso a dirigir el nuestro aproximándonos lo más posible al navío almirante francés; pero, sin duda alguna, mejor militar que marino, encalló el *yacht* al cabo de cinco minutos. Cólera del capitán y diversión de los pasajeros, toda vez que no corrían el menor peligro. Mientras que el general N. y el capitán concentraban sus esfuerzos en desencallar el barco, nosotros tomamos la chalupa de vapor y pasamos a visitar el acorazado *Francia,* que, según se decía, era el *dernier cri* de la construcción naval francesa y había traído al Presidente. Pero viendo el modo con que estaba cuidado el buque, nadie hubiera creído jamás que había transportado personajes de tan elevada categoría. Yo había guardado para mí mismo estas reflexiones, desde luego; pero Buchanan no se recató en decir, en voz demasiado alta a mi juicio, que allí no se sabía dónde poner los pies sin mancharse.

Acabamos de dejar el acorazado y estábamos ya un poco alejados de él, cuando oímos a la música de a bordo entonar nuestros himnos nacionales respectivos: era que los Secretarios, que se habían quedado atrás, habían dicho quiénes éramos y nos hacían esa cortesía. La vuelta

a San Petersburgo fué amenizada por el buen humor de monsieur de Fouquieres.

Ningún Embajador ni Ministro fué invitado a cosa alguna durante la estancia del Presidente. Le fuimos presentados en el Ermitage, y eso fué todo. Dos días después se verificó en Krasnoe Selo la gran revista en honor del Presidente. Por supuesto, ningún diplomático fué invitado. Pero ya que hablo de revista, esto me recuerda la que fué dada en el mes de abril, en la plaza del Palacio de Invierno, en honor del Príncipe y de la Princesa de Rumania, que habían ido, acompañados de su hijo, a hacer visita a los Soberanos rusos; y como escribo estos recuerdos a diez años fecha, por lo cual no es extraño que se deslice alguna omisión, y tiene cierta importancia haber olvidado la visita de los Príncipes rumanos, diré de ello algunas palabras antes de reanudar el relato de la visita presidencial.

En tanto en cuanto puedo dar crédito a mis recuerdos, fué en el mes de abril de 1914 cuando el Príncipe Real de Rumania, acompañado de la Princesa María y del Príncipe Carol, llegó a San Petersburgo. Se pretendía que la visita tenía por objeto concertar un matrimonio entre el Príncipe Carol y la Gran Duquesa Olga, hija mayor del Emperador Nicolás. El matrimonio, por lo que se vió, no pudo arreglarse. Se decía en los círculos de la Corte que el Príncipe no había gustado a la Gran Duquesa Olga y que hubiera tenido mayor éxito con la Gran Duquesa Taciana, segunda hija del Zar. El Príncipe era, sin embargo, de buena presencia: alto, delgado, elegante y de una expresión muy agradable. Tuve el honor de ser presentado a Sus Altezas Reales en una comida que dió Sazonoff. El Prín-

cipe Fernando no era guapo ni su fisonomía denotaba las cualidades de energía y de decisión y voluntad que se quisiera hallar siempre en un Soberano; daba la impresión de una absoluta inhibición. No podría decir otro tanto de la Princesa María. Muy hermosa dama, aunque quizás un poco embastecida de carnes, tenía una vivacidad en toda la persona, una agudeza de mirada y un aire tan suelto y dominador que ninguna duda dejaban respecto del papel preponderante que ella representaba en su hogar. Unos días más tarde volví a encontrar a Sus Altezas en casa de madame Sazonoff, que daba en honor suyo una cena seguida de cantos de Tziganos. La Princesa María me hizo el honor de designarme para llevarla a la mesa y, por tanto, me senté a su lado: su otro vecino era el Conde T., un amable ruso, con quien la Princesa pareció seguir una conversación empezada antes de que nos pusiéramos a la mesa; y como la conversación parecía apasionarla, presté oídos para ver de qué se trataba. Hablaban de política. El Conde hacía desfilar, atractivas, ante su vecina, todas las regiones balkánicas y otras, objeto de la concupiscencia rumana. ¿Lo hacía él por convicción o quería simplemente halagar la ambición de su regia vecina? El hecho fué que llegó a interesarla tanto y tan bien, que esta conversación en la cual el dictado de "Emperatriz de las Balkanes" sonó varias veces, duró a todo lo largo de la cena e hizo, en distintas ocasiones, resplandecer el rostro de la Princesa. La velada terminó con los cantos bohemios, de una monotonía adormecedora, pero que los rusos ponen por encima de todos, aunque yo no participe de su gusto. Los Príncipes rumanos dejaron Rusia algunos días más tarde. Oí decir que los Sobera-

nos rusos, acompañados de sus hijas, pensaban devolverles la visita unos días antes de la guerra. Los sucesos impidieron la realización de este proyecto (1).

Vuelvo a la visita del Presidente Poincaré. Ya dije que ningún diplomático, a excepción, naturalmente, de los franceses, había sido invitado a la revista del campo de Krasnoe Selo, como no fueran los agregados militares. No habría, pues, podido asistir sin la amabilidad del General Conde N., nuestro simpático *naufragador* de Kronstadt, que me invitó a pasar dos días en su *villa* de Krasnoe Selo, lo cual me permitía ver todas las ceremonias militares que habían de verificarse en el campo. Tomé, por tanto, el tren, encontrando la estación ocupada por millares de personas; todos los vagones de primera clase invadidos por los *tchinovniks* y los demás por una muchedumbre bullidora. Sólo encontré hueco en el furgón de equipajes, al cual hube de subir en el último momento, encontrando en él, por lo demás, una compañía muy elegante de hombres y señoras de mi conocimiento y varios colegas del Cuerpo Diplomático. Una hora de viaje en grata compañía se pasa pronto, incluso cuando se va de pie o sentado sobre maletas. Llegué a casa de los N. a la hora de la comida, y por la noche me llevaron a su palco en el

(1) En esto fué infiel la memoria al Conde de Cartagena. El Zar con la Zarina y sus hijas devolvieron la visita, trasladándose el 1.º de junio de 1914 a Constanza, puerto rumano del Mar Negro a bordo del yate imperial "Standart". Allí les esperaban los Reyes y Príncipes de Rumania. La entrevista duró doce horas y la familia imperial regresó a Odesa. No cuajó, sin embargo, el proyecto matrimonial del actual Rey Carlos con la Gran Duquesa Olga. El enlace era simpático a Sazonoff, pero la Zarina había puesto por condición que los presuntos novios se tratasen más y que su hija lo aceptase libremente. (N. del T.)

teatro: hubo un *ballet* y algo más de que no conservo recuerdo. El Emperador y el Presidente asistían a la representación. Al día siguiente, por la mañana, fué la revista, a la que asistí desde una tribuna repleta de mujeres encantadoras. El conjunto de la revista no me pareció responder a lo que me había podido imaginar. Las tropas iban en traje de campaña, color caki, y su vista resultaba descolorida y monótona. Las músicas militares desentonaban y sus aires de marcha eran melancólicos. El desfile fué interminable y millares de hombres no cesaban de pasar ante nosotros ¡Cuán pocos de ellos habrán escapado a la muerte!

Si la revista fué un poco desilusionante, fuimos largamente indemnizados, en la tarde del mismo día, por un espectáculo de una incomparable belleza. Me refiero a la plegaria del anochecer cantada por toda la guardia rusa, compuesta de más de 25.000 hombres. Fué en el momento de ponerse el sol cuando cantaron su tal plegaria, con esa música litúrgica rusa de tan impresionante religiosidad y de tan poderosa armonía. Tal espectáculo es inolvidable, y yo me acordaré siempre de la profunda impresión que me hizo sentir.

El Cuerpo Diplomático fué convocado el 21 de julio, a las tres de la tarde, para ser presentado a monsieur Poincaré. Se nos reunió en un salón del Ermitage, yendo acompañado cada Jefe de misión por todo su personal. Ibamos todos de gran uniforme, a excepción del Conde de Pourtalés, que se había puesto el de media gala. Supe que alguno le había interrogado sobre el particular y que respondió que él sólo se ponía el uniforme grande para los Soberanos y aquel día no se trataba más que de un Presidente de República. Por cier-

to que, si la exactitud es la cortesía de los Soberanos, esa cualidad no podía aplicarse a la Corte de Rusia, donde el retraso era frecuente. Aquel día hubimos de esperar, de pie, más de una hora a que los poderosos de la tierra vinieran a conocernos. Se nos aseguró que monsieur Poincaré no tenía arte ni parte en el plantón que se nos había impuesto, y que era forzoso atribuírlo a los funcionarios imperiales encargados de la organización de la recepción.

Por fin llegó el Presidente y empezó a recibir uno por uno a los Embajadores, siguiendo el orden de antigüedad, y prescindiéndose de los Ministros plenipotenciarios por haberse decidido que no serían recibidos por el Presidente, lo cual, naturalmente, no fué de su agrado, sin que yo haya podido saber si tal decisión provino del Presidente o de los funcionarios rusos. Mi antiguo amigo William Martin, jefe del Protocolo francés, era quien salía a buscar a los Embajadores para presentarles a monsieur Poincaré. Los Embajadores de Alemania, Inglaterra, Japón e Italia fueron retenidos poco tiempo por el Presidente; pero el Embajador de Austria, que me precedía, tuvo una larga audiencia, y luego se nos dijo que el Presidente había tenido con él una actitud casi conminatoria a propósito de los acontecimientos que en Austria se preparaban con relación a Serbia. Es, naturalmente, harto difícil saber ni aproximadamente lo que ocurrió entre el Presidente y el Embajador, pero éste tenía aspecto conmovido cuando salió de la audiencia.

Cuando me llegó el turno, William Martin salió a buscarme. Se abrió la puerta de un saloncito y me en-

contré en presencia del Presidente, flanqueado de un lado por el Embajador de Francia y de otro por el ministro de Negocios Extranjeros, monsieur Viviani. Monsieur Paleologue me presentó al Presidente, que respondió muy levemente a mi profundo saludo. Los tres estaban de pie, de frac negro, con grandes cordones. Monsieur Poincaré, bajo, seco en su manera de hablar, de frente abultada, se informó de la salud de la Familia Real con el mismo tono que hubiera empleado Luis XIV para pedir noticias de sus primos de España; y después de algunas breves futilidades me hizo una pequeña inclinación de cabeza para indicarme haber terminado la audiencia, que no había durado dos minutos. Volví a reunirme con mis colegas y algunos instantes más tarde el Presidente salió para que se le presentaran los Secretarios y Agregados por los Jefes de misión. Monsieur Viviani me hizo la impresión de un hombre que soñaba con las estrellas y a quien toda esta ceremonia aburría sobremanera. Franceses bien informados me han contado que este viaje por Rusia había sido para él una penosa carga, no interesándole sino muy medianamente los acontecimientos políticos inmediatos que habían sido el objeto de la visita del Presidente. Todo su interés, durante la estancia en Rusia, se reconcentraba en el proceso de madame Caillaux, que se estaba tramitando en aquellos momentos en París y del cual se hacía comunicar noticias lo más frecuentemente posible... Por lo demás, la opinión del Cuerpo Diplomático acreditado en San Petersburgo puede resumirse en dos palabras: había ido a preparar la guerra.

Dos años más tarde, hallándome en París, pregunté a un espiritual diplomático francés si monsieur Poincaré continuaba siendo popular en Francia. "Según y cómo —me replicó—: es popular en la calle y en los salones; es decir, en los dos únicos sitios donde no se reflexiona."

En el momento de marchar el Presidente, se hablaba mucho en San Petersburgo de una huelga importante que había estallado en el barrio industrial de Viborg y que había provocado desórdenes en las calles, desórdenes violentamente reprimidos por la Policía de a caballo, que había tenido que dar cargas en varias ocasiones. Hablo de ello de oídas, no habiendo podido observar por mí mismo nada que con ello se relacionara y no habiendo hablado de ello los periódicos sino con veladas palabras. Y, a propósito de esto, voy a abrir aquí un paréntesis para explicar la dificultad de informaciones que padecíamos en Rusia.

Al llegar a mi puesto, había encontrado en la Cancillería de la Embajada una señora traductora, de quien los Secretarios me hablaron lo mejor posible. Como no había misterios en la Embajada, conservé a tal señora en la Cancillería, pero escogía bastante mal los artículos de los periódicos y no me facilitaba jamás ningún dato interesante. Luego supe, unos meses después del principio de la guerra, que tenía parientes en el Ministerio de Negocios Extranjeros y que, por patriotismo, no me informaba nunca de nada que pudiera ser desagradable a su país. Además, un día se descubrieron en el cajón de su mesa algunos fragmentos de la cifra diplomática que utilizábamos. Hice una investigación sobre el inci-

dente y, naturalmente, licencié a la dama traductora, que fué sustituída por un ingeniero francés de la casa Schneider, una gran persona, aunque tampoco discernía siempre en los periódicos rusos lo que pudiera interesarme.

Al día siguiente de la marcha de Poincaré, la noticia del *ultimatum* austro-húngaro a Serbia se esparció por San Petersburgo. Al otro día comía yo en casa de la Condesa Kleimichel en su *villa* de las Islas. La Condesa, mujer de una inteligencia superior y de un juicio muy sano, ocupaba lugar preeminente en la sociedad de San Petersburgo. Su salón era el *rendez-vous* de la sociedad elegante, de los altos funcionarios de la Corte y del Cuerpo Diplomático. Era dama muy conocida en los altos círculos sociales de Europa y, naturalmente, también en los medios elegantes alemanes. El Emperador Guillermo la distinguía mucho y muy particularmente cuando pasaba por Berlín. Su situación social le había proporcionado numerosos celos en el gran mundo petersburgués y, lógicamente, estaba acusada de germanofilia. Las acusaciones provenían principalmente de un monsieur Paul Rodzianko, hermano del Presidente de la Duma, quien, según se decía, se vengaba así de que la Condesa Kleimichel había tomado partido por madame Rodzianko en alguna desavenencia doméstica.

Más tarde tendré ocasión de volver a hablar de Paul Rodzianko, y ahora vuelvo a decir que el 25 de julio comía yo en casa de la Condesa Kleimichel. Gran comida; una veintena de personas: los Embajadores de Inglaterra, de Italia, el General Soukhomlinoff, Ministro de la Guerra, y su mujer, varios funcionarios de

Palacio. En la comida faltó alegría, estando todos pensando en los graves acontecimientos del día. El Ministro de la Guerra, con quien hablé, no me dejó duda ninguna respecto del final de aquella crisis: Rusia no podía abandonar a Serbia y dejarla aplastar. Era la guerra inevitable... Yo volví a casa, a fin de telegrafiar tan tristes noticias a mi Gobierno. En el trayecto invertiría unos quince minutos. El conserje de la Embajada me dijo, en tono preocupado, que habían preguntado por mí tres veces ya, por teléfono, para una comunicación urgente de parte de la redacción del periódico *Novoie Vremia*. Hice pedir inmediatamente la comunicación, y fué precisamente la dama traductora quien me contestó. Tenía amigos en el periódico y quería informarme de un gran notición: la Condesa Kleimichel había sido ahorcada aquella tarde por haber enviado al Emperador de Alemania documentos de la mayor importancia. Yo me ahogaba de risa junto al aparato y tranquilicé a mi interlocutora sobre la suerte de la Condesa. La noticia había sido corrida, durante el día, por Paul Rodzianko, que de ese modo quería vengarse de la amiga de su mujer. Y esa enormidad había encontrado crédito entre un montón de gentes, no del todo desprovistas de inteligencia. Lo cual prueba hasta qué punto pueden llegar los espíritus trabajados por los acontecimientos.

En el ínterin, la situación se hacía por momentos más angustiosa. Las manifestaciones en las calles de la capital empezaban a ser cada vez más frecuentes y numerosas. Eran cortejos compuestos de gente del pueblo, modestos burgueses, oficiales retirados y muchedum-

bre de otras personas de difícil clasificación, pero cuyo aspecto y actitud no decían nada de bueno. Desfilaban por las vías principales, llevado a la cabeza del grupo retratos del Emperador y de la Emperatriz; entonaban cánticos religiosos y marchaban con orden y compostura. A su paso la circulación se detenía y los transeúntes se descubrían respetuosamente. Está fuera de duda que una parte de los manifestantes eran gentes de buena fe que se habían unido al cortejo; pero yo he creído siempre, y no era el único que lo creía, que la mayor parte de tales manifestaciones tenían un origen policíaco, ya que la opinión pública en Rusia no se había interesado jamás por lo que pudiera pasarle o dejarle de pasar a Serbia. Cuestión era ésta que sólo apasionaba a los panslavistas, largamente representados en el Gobierno y en la Duma del Imperio.

El 28 de julio Austria declaró la guerra a Serbia. La Guardia Imperial rusa, que estaba en el campo de Krasnaoe Selo, recibió orden de volver a San Petersburgo. Los regimientos desfilaron en traje de campaña. Dos de los *dvornicks* de la Embajada fueron llamados a las armas. No había duda ya. Era la guerra.

Sazonoff estaba en constante conferencia con Paleologue y Buchanan y tenía que ir frecuentemente a Tzarskoe-Selo para conferenciar con el Emperador. No me fué posible avistarme con él y hube de dirigirme a su jefe de Cancillería, el Barón Schilling. Este no me enseñó, en cuanto a la situación, nada nuevo ni de interesante, limitándose a repetirme la fórmula de la asistencia a Serbia, añadiendo que los Gobiernos estaban hablando y no se debía perder toda esperanza de llegar a

la solución pacífica del conflicto. Como con ello no sabía yo más que antes de la entrevista, me fuí a ver a monsieur Paleologue, que me recibió con su habitual amabilidad. Le pregunté por dónde iban las cosas. Y entonces supe una muy grave noticia: Rusia movilizaba trece cuerpos de ejército; pero —me decía él— esta movilización iba dirigida eventualmente contra Austria... Me apresuré a telegrafiar la noticia a Madrid. Si Rusia movilizaba contra Austria, no era dudoso que Alemania movilizaría a su vez.

Las negociaciones diplomáticas que precedieron inmediatamente a la declaración de guerra de Alemania son demasiado conocidas para que necesite extenderme sobre este tema, acerca del cual toda clase de libros diplomáticos, y con todos los colores del arco iris, se han publicado durante y después del conflicto. Sería una gran candidez creer lo que ellos cuentan, ya que la mayor parte de los documentos fueron hábilmente aderezados y retocados, o enteramente rehechos, según las necesidades de la causa de cada uno de los beligerantes.

Desde la época de la Santa Alianza, era costumbre que el Emperador de Rusia pusiera uno de sus ayudantes de campo, general, a las órdenes del Rey de Prusia y más tarde del Emperador de Alemania; y, recíprocamente, éste enviaba uno de sus ayudantes de campo cerca del Czar. Esta función tenía por nombre "el plenipotenciario militar". En los tiempos de mi llegada a Rusia el plenipotenciario militar acreditado en Berlín era el General Tatischtcheff, que luego acompañó al Czar a Ekaterinenbourg y pagó con la vida su adhesión a la Familia Imperial; era un hombre extremadamente

simpático y de trato encantador. El plenipotenciario alemán en San Petersburgo era el Conde de Dohna Schlobitten, gran señor silesiano, tío del Conde de Dohna, que se hizo famoso durante la guerra realizando diversas proezas con el crucero que mandaba y que, por su bravura, supo conquistar la admiración de sus adversarios. El General Dohna estaba muy relacionado con la buena sociedad rusa, y era muy querido y muy buscado por el agrado de su carácter.

Dos meses aproximadamente antes de la guerra, Dohna fué reemplazado por el General von Hélius. Es, por regla general, muy difícil suceder a alguien que haya gozado de verdadera popularidad. Ese fué el caso del General von Hélius. Aunque era hombre de una corrección y una educación perfectas, muchas personas tomaron a mal que reemplazase a Dohna, y otras, sistemáticamente excitadas contra Alemania, le tomaron antipatía, injustísimamente, en mi opinión. El 29 de julio vino de uniforme al Yacht Club y fué recorriendo los grupos y diciendo que el Emperador de Alemania no quería la guerra, que si la había sería un crimen terrible contra la Humanidad y contra la civilización, que sería la ruina de Europa y constituiría la prosperidad y la riqueza de América, y que las desgracias de semejante guerra serían incalculables.

El hecho de que el plenipotenciario militar alemán se presentase, en plena crisis y de uniforme, para hacer esta declaración en nombre de su Soberano, y que viniese a hacerla en el Yacht Club, punto de reunión de los Grandes Duques, de los altos dignatarios de la Corte y de los diplomáticos, era un acto de lo más significa-

tivo; y, sin embargo, era tal ya el estado de espíritu que su declaración, que tenía, no obstante, algo de solemne en momento tan crítico, fué mal interpretada por los rusos. El Gran Duque Nicolás Michailowitch la comentó en términos particularmente violentos y tuvo palabras insultantes para el General y para el Emperador Guillermo, y la mayor parte de los miembros del Club hicieron coro a las críticas del Gran Duque.

Dos días más tarde fué a almorzar en el Hotel Astoria, donde encontré al Conde de Pourtalés. Había envejecido diez años, estaba nervioso y visiblemente muy preocupado. A mi pregunta sobre el estado de la crisis, sacudió la cabeza y me dijo que la movilización rusa, que no se había querido detener, iba fatalmente a desencadenar la catástrofe. "Si ellos continúan movilizando, nos veremos obligados a hacer otro tanto —me dijo—, y entonces..." "Pero —le pregunté yo— ¿hay todavía esperanzas de evitar la guerra?" "Ahora sí que ya no lo creo" me replicó—. Al día siguiente llevaba él a Sazonoff la declaración de guerra. No he vuelto a ver al Conde de Pourtalés. Se marchó tres días más tarde, de madrugada, a la vez que el personal de su Embajada. Hasta aquella tarde no lo supe. Y me contaron que iba completamente abatido por la responsabilidad que le había impuesto el cumplimiento de su deber y estaba totalmente anonadado por la rapidez y la gravedad de los acontecimientos. Subió al tren con fiebre, sostenido por su médico (1).

---

(1) Sazonoff refiere así su última entrevista con Pourtalés: "Después de haberme entregado la nota, el Embajador a quien visiblemente era costoso el cumplimiento de su misión, perdió todo im-

Alemania había preguntado a Francia si apoyaría a Rusia en caso de guerra. Francia había contestado afirmativamente. Era, pues, la guerra por ambos lados. La opinión rusa se preguntaba cuál iba a ser la actitud de Inglaterra. Fuí a ver a Buchanan y le planteé la cuestión. "Es difícil saberlo —me dijo—: eso dependerá de la opinión pública inglesa; pero es evidente que la cuestión de Serbia no interesa en lo más mínimo a Inglaterra." Eso fué todo lo que me respondió. Algunos días más tarde, Inglaterra, a su vez, entraba en la guerra, so pretexto de que los alemanes habían invadido Bélgica. Y digo "so pretexto" porque hoy día está demostrado que Inglaterra hubiera entrado en la guerra aunque Bélgica no hubiera sido invadida.

Durante la crisis que precedió a la guerra y durante los primeros meses de la conflagración, la Cancillería de la Embajada se vió llena de una multitud de rusos. Venían a pedir asistencia, ora para tener noticias de parientes o amigos residentes en Alemania, ora para hacerlos volver a Rusia, ya que España había asumido la protección de los súbditos rusos en dicho Imperio. Mi Cancillería estaba invadida desde la mañana a la noche, y por mí mismo hube de recibir a la mayor parte de los visitantes rusos y expedir la numerosa correspondencia que sus demandas originaban.

Me fué, pues, casi imposible recoger todos los in-

---

perio sobre sí mismo y, apoyándose en la ventana, rompió a llorar. —¡Quién hubiera podido prever que me sería preciso dejar San Petersburgo en tales condiciones! —repetía levantando los brazos al cielo—. A pesar de mi propia emoción, que conseguí dominar, me sentí presa de sincera piedad por él y nos abrazamos antes de que él saliera de mi despacho con paso mal seguro." (N. del T.)

formes que yo hubiera querido transmitir a Madrid; pero no creo que a la hora actual puedan subsistir aún, para las personas imparciales, dudas sobre los orígenes y la culpabilidad de la guerra. Toda la responsabilidad recae sobre Rusia. El asesinato de Sarajevo, ejecutado por los serbios con la complicidad del Gobierno y de la *Cerna Ruka* o Mano Negra, había sido combinado en Belgrado con apoyo de agentes militares rusos. Por lo menos esto me fué asegurado por personas dignas de fe. Incluso se nombraba a un oficial que fué, más tarde, Ministro de la Guerra bajo Kerenski (1). Se ha dicho que la movilización rusa había empezado al día siguiente del atentado de Sarajevo. Sin embargo, diplomáticos escandinavos acreditados en San Petersburgo tenían informes, desde el mes de abril de 1914, de importantes movimientos de tropas que habían sido enviadas desde el fondo de la Siberia hacia la frontera occidental del Imperio. Los escandinavos tenían excelentes y numerosos informadores en sus colonias de compatriotas establecidos en Siberia.

La guerra fué querida y combinada por los panslavistas rusos. Su objetivo era la desarticulación de Austria, la hegemonía política y religiosa sobre todos los eslavos sometidos a los Habsburgos, la conquista de Constantinopla y de los Dardanelos y el establecimiento del Patriarca ortodoxo de Oriente para disminuír la influencia del Papa de Roma. Los *leaders* de los panslavistas, para la política interior, eran Isvolsky, secun-

(1) En el manuscrito hay un interlineado de escritura posterior, algo confuso, que parece decir: "Coronel Artamanvv y Capitán W, agentes militares rusos en Belgrado, que lo habrían confesado al polaco." (N. del T.)

dado por Sazonoff y también el gran Duque Nicolás Nicolaewitch. Esto es de pública notoriedad. Isvolsky llegó a San Petersburgo, si no recuerdo mal, tres meses aproximadamente antes del principio de la guerra. Recorría los salones, con el monóculo sobre el ojo, de aspecto sonriente, diciendo a unos y otros: "¡Es mi guerra! ¡Es mi guerra!" Ya dejé anotada la actitud afligida de Pourtalés. ¿Era esta actitud la de un hombre que medita sobre una ruptura combinada de tiempo atrás? Está fuera de duda, y los documentos publicados dan fe de ello, que Pourtalés hizo imposibles para detener la guerra. Desde el principio hizo apremiantes representaciones a Sazonoff para localizar el conflicto entre Austria y Serbia. Pero no pudo conseguir nada, siendo evidente la voluntad de guerra que tenía Rusia, al menos por parte de los panslavistas (1) y de la pandilla del Gran Duque Nicolás Nicolaewitch. Monsieur Paleologue nos cuenta el entusiasmo de las dos Princesas montenegrinas (mujeres de los Grandes Duques Pedro y Nicolás) después del brindis enérgico y belicoso del Presidente Poincaré en el acorazado *La France*. Y esto da idea del estado de espíritu en la familia de los Grandes Duques, lo cual no es para sorprender si se piensa en la actitud del Generalísimo durante las grandes maniobras francesas, algunos años antes, y en su inspección de las fortificaciones francesas de la frontera del Este.

---

(1) "Esta palabra de panslavismo no tuvo nunca significación real. No designaba ningún movimiento de fusión y servía de espantajo a la opinión pública de la Europa occidental, que veía perfilarse detrás de ella la amenaza eslava... El papel de los eslavófilos se limitaba, en efecto, a sostener la unión moral entre Rusia y los eslavos del Sudoeste." *Les Années fatales*. (N. del T.)

Volviendo ahora a los sucesos que precedieron a la guerra, se ha de observar que fué el 25 de julio, casi al principio de la crisis, cuando la movilización rusa fué decidida en el campo de Krasnoe-Selo, después de un Consejo de Ministros al que asistía el Emperador. Es probable que el Soberano, débil de voluntad, no supiera sustraerse a la influencia guerrera del Gran Duque Nicolás y del Estado Mayor. Durante los días que siguieron, el Ministro de la Guerra Soukhomlinoff y el Jefe de Estado Mayor Janovowkievitch dieron, en varias ocasiones, su palabra de honor al Agregado militar alemán afirmando con energía que ninguna movilización se efectuaba, Y era en tal momento cuando el Embajador de Francia me anunciaba la movilización de trece cuerpos de ejército.

La mediación alemana había llegado a establecer la conversación directa entre Viena y San Petersburgo, y fué precisamente en ese momento cuando la movilización general rusa era decretada, haciendo imposible toda negociación ulterior. La correspondencia telegráfica entre los Emperadores Guillermo y Nicolás es demasiado conocida para que me extienda sobre este punto (1). La actitud de Nicolás II demuestra o una absoluta falta de voluntad o una ausencia completa de franqueza y de lealtad. O quería detener los preparativos militares, y una simple palabra suya, del Autócrata, podía hacerlo, o dejaba movilizar, y entonces sus protestas de pacifismo no eran sinceras. Yo tengo la convicción de que

(1) Han sido publicados por el gobierno de los Soviets con la *Correspondance entre Guillaume II et Nicolas II (1894-1914)*, traducida por Marc Semenoff (1924). (N. del T.)

Alemania hizo cuanto pudo por evitar la guerra, en la cual, por lo demás, ella no tenía nada que ganar. Vencida, con sus costas bloqueadas, escasa de víveres, en una palabra, con el cuchillo en la garganta, hubo de confesar en Versalles una culpabilidad que no tenía. Esa confesión ha salvado a los verdaderos culpables y ha servido de base a un tratado basado sobre la mentira y que no dará la paz a Europa.

Próximamente dos meses después del principio de la guerra, comía yo en el Yacht Club enfrente de Sazonoff. Tomó de repente un aire pensativo. "Me pregunto yo —dijo— cuál será en el otro mundo el castigo de los que han desencadenado la guerra." No pude menos de mirarle, preguntándome si hablaba seriamente. Por lo demás, él estaba lleno de ilusiones. Era algunos meses después del desastre de Tannenberg. "Dentro de seis semanas, lo más tarde —me dijo—, estaremos en Berlín." Comíamos, como digo, en el Club cuando nos hizo esta aclaración, que no tuvo ningún eco. Cuando la comida acabó, un viejo general ruso, pilar del Club, me tomó aparte: "¿Le ha oído usted? —dijo— ¿Es que se pueden decir semejantes tonterías?" Y me enunció todas las dificultades y obstáculos que habría que vencer para llegar a la capital alemana; si todo iba bien, un año no bastaría para conseguir tal objeto.

Voy a referir un hecho que demostrará el trabajo secreto de Rusia cerca de los eslavos de Austria. En la primavera de 1915 recibí la visita del Barón Schilling, jefe de la Cancillería de Sazonoff, quien me dijo que tenía que pedirme un importante servicio. Este servicio consistía en hacer llegar a una familia rusa, que

se encontraba en Viena, una suma de dinero, cuya importancia he olvidado, por lo demás. No me pareció que el servicio fuera tan importante y le dije que lo hacía yo algunas veces para rusos residiendo en el extranjero, lo cual además sabía él perfectamente. Me replicó declarándome que era muy importante que esta cantidad fuera remitida a la mencionada familia, que llamaremos Ivanoff para comodidad del relato. Telegrafié a mi colega de Viena transmitiéndole las instrucciones de Schilling. Al cabo de tres semanas, nueva visita del Barón preguntándome si había tenido respuesta de Viena. Yo había olvidado completamente el asunto, no habiendo recibido respuesta ninguna de mi colega. Schilling pareció muy contrariado e insistió sobre que telegrafiase, lo que hice en el mismo acto.

Ninguna respuesta hubo durante los quince días siguientes. Nueva visita de Schilling muy inquieto. Todo esto empezaba a parecerme extraño, tanto el silencio de mi colega como la insistencia de Schilling; y a un nuevo requerimiento de mi parte, mi colega me respondió que la suma había sido entregada. La redacción del telegrama tenía algunas reticencias que no podía explicarme. Pero Schilling pareció tranquilizarse cuando le anuncié la entrega del dinero a los Ivanoff y yo olvidé este negocio.

Dos meses más tarde, próximamente, un individuo pidió verme. No oí apenas su nombre porque tenía la costumbre de recibir a todo el mundo. Mi visitante tenía muy mala facha; lo tomé por un pordiosero; pero declaró llamarse Ivanoff y que era miembro de la familia a la cual yo había hecho llegar aquel dinero. Ve-

nía a darme las gracias en nombre de los suyos. Le dirigí entonces algunas preguntas sobre su permanencia en Austria en lo más fuerte de la guerra. Y él a su vez me contó una larga historia.

Mucho antes de la guerra, él y su familia habían ido a Austria enviados por el Ministerio de Negocios Extranjeros ruso a fin de hacer propaganda antiaustriaca en los medios eslavos del Imperio. Por su parte, estaba él encargado de propagar las ideas panslavistas en los cuarteles y en el momento de la movilización había intentado sublevar las tropas, aunque sin conseguirlo. Se le había detenido y reducido a prisión. No sé qué influencias ocultas le habían hecho salir de ella. Le felicité sinceramente de no haber sido ahorcado, haciéndole observar que este *inconveniente* le hubiera seguramente ocurrido si, siendo austriaco, hubiera hecho propaganda en Rusia. Me contó entonces que, antes de la guerra, había toda una organización sostenida por el Ministerio ruso de Negocios Extranjeros, la cual tenía por objeto ante todo el espionaje y sobre todo la propaganda pro eslava. Comprendí entonces el interés que el Barón Schilling había demostrado en todo este negocio, el cual explica muchos puntos de vista de la política rusa respecto de Austria. Esta propaganda había empezado en tiempos de Stolypine. Su cuñado Sazonoff la había continuado con todo el entusiasmo admirativo que tenía por su pariente; verdad es que era a Stolypine a quien debía su posición política. Por cierto que el Conde Witte, al saber su nombramiento para el Ministerio de Negocios Extranjeros, se decía que había alzado los brazos al cielo y declarado que era un nombramiento absurdo, toda vez que Sazonoff era, a lo

sumo, a propósito para ser Cónsul en Amsterdam. La frase, que hizo fortuna, explicaría en parte el odio de Sazonoff por Witte.

Pocos días después de la ruptura de las hostilidades, me fué dado asistir a un triste espectáculo. Acababa apenas de comer en el Yacht Club cuando nuestro Cónsul honorario en San Petersburgo me hizo llamar. "Venid en seguida —me dijo—: lo destruyen todo en la Embajada de Alemania." No tuvimos que salvar más que unos cien metros para encontrarnos en la plaza de San Isaac, donde se encontraba la Embajada, y delante de la cual se agitaba una multitud innumerable lanzando gritos feroces. Queriendo ver lo que ocurría, sin mezclarme con la muchedumbre y sobre todo sin que se me viera, entré en el Hotel Astoria, situado enteramente enfrente de la Embajada y donde el director, a quien yo conocía, me hizo subir a una habitación del segundo piso, ventana abierta y luz apagada. Las puertas de la Embajada habían sido forzadas, decían unos; abiertas sin dificultad, al decir de otros. El hecho es que todos los pisos de la casa eran recorridos por una multitud de gentes llevando antorchas. Tiraban por las ventanas todo lo que caía en sus manos: primero los muebles, luego los cuadros, los objetos de sobremesa, la plata; todo iba cayendo sucesivamente; hasta la ropa de casa. Caían todos esos objetos a la calle y una multitud ávida los arrebataba. Creía yo que la Policía aparecería de un momento a otro. No hubo nada de eso. Ni un solo agente apareció. Mientras tanto, en un momento dado, los objetos pesados echados por las ventanas habían formado un amontonamiento en la plaza, y entonces algunos individuos vi-

nieron para prenderles fuego. Dos minutos después la Policía llegaba, seguida de los bomberos, que extinguieron el incendio. Bomberos y policías desaparecían después, y la fiesta continuaba. La Embajada de Alemania, edificio monumental y de una gran riqueza, tenía un techo completamente plano rematado en un grupo de bronce gigantesco representando unos caballos llevados del diestro por hombres enteramente desnudos. Este grupo no era bien visto por ciertos rusos, ofendidos en su ortodoxia, porque pretendían que el traje sucinto de aquellos hombres era una falta de respeto para la catedral frontera de San Isaac, aunque ciertamente esa pudibundería hubiera sido mucho menos susceptible si no se tratase de la Embajada de Alemania. En fin, fuera como fuese, debe reconocerse que el grupo no era popular. Así, la muchedumbre prorrumpió en un aullido de alegría cuando se dió cuenta de que varios individuos habían escalado el techo y se esforzaban por tirar los caballos de bronce. La empresa no era fácil. Los vándalos, armados de enormes martillos, intentaron al principio romper el metal, pero no pudiendo conseguirlo levantaron caballos y hombres con ayuda de palancas, mientras que unos camaradas se ataban a unas cuerdas, todo con el objeto de arrojar el grupo entero a la plaza. Desde abajo, la multitud rompía en gritos de júbilo y animaba a los del techo, que se agotaban en inútiles esfuerzos. Por fin, después de una hora de trabajos, el grupo comenzó a balancearse y acabó por estrellarse sobre el pavimento. Entonces fueron en el gentío los gritos de triunfo y los zapateados de alegría. Después, como todo no había sido robado ni roto en el

interior de la Embajada, los paseos con antorchas se reanudaron. Contaron, pero no he podido tener confirmación, que un portero fué muerto y que un empleado de la Cancillería sólo debió su salvación a haberse refugiado en la Embajada de Italia, que estaba muy próxima. Serían ya la una y media de la madrugada y la agitación empezaba a calmarse cuando de repente la policía hizo irrupción y como, sin duda, quería salvar al menos las apariencias y dar la sensación de que había procedido con rigor, hizo al azar algunos tiros. Dos desgraciados quedaron en el suelo, la multitud se dispersó y yo me fuí a acostar, penosísimamente impresionado por cuanto acababa de ver.

Al declararse la guerra, la Alemania había confiado sus intereses en Rusia a los Estados Unidos de América. El encargado de Negocios, Wilson, dirigió una protesta al Gobierno ruso; ignoro cuál fué la consecuencia, aunque me la figuro. La Embajada de los Estados Unidos no tenía, en aquellos momentos, titular. Había frialdad entre Rusia y los Estados Unidos. Se decía que, a consecuencia de ciertos castigos de judíos en el Sur de Rusia, la poderosa colonia israelita se había conmovido y obtenido del Gobierno americano algunos pasos que no habían sido del gusto del Gobierno czarista. También había oído decir a mis colegas que los Estados Unidos no era nación simpática a las clases directivas de Rusia, cuyas ideas aristocráticas y monárquicas eran la pura antítesis de la democrática América.

Sin embargo, la guerra y la necesidad de dinero, habiendo cambiado muchas ideas y muchas cosas, el nuevo Embajador, míster Marie, que llegó poco después de

principiar la guerra, fué bien acogido en San Petersburgo. Vino a visitarme y, como buen demócrata, me habló, ante todo, de sus antepasados, desembarcados del *Mayflower,* como todos los antepasados americanos que se respetan. Hablaba un francés muy rebuscado y escogía sus locuciones para darles un matiz diplomático. Así decía *Imperio de los Czares* por Rusia, *Doble Monarquía Austro-Húngara* por Austria, y así sucesivamente. Como la conversación evolucionó forzosamente hacia los sucesos corrientes, me declaró que era preciso aplastar a Alemania; y al pronunciar la palabra "aplastar" apoyaba sobre la *r* como la crepitación de una ametralladora. Me preguntó si no era de su opinión. Le respondí que, gracias a Dios, siendo mi país amigo de todo el mundo, no solamente no quería yo aplastar a nadie, sino que veía con el mayor pesar los diversos aplastamientos de la hora presente. Después le pregunté si la protección de los intereses alemanes que le habían sido confiados le daba mucho que hacer. Pareció no haber comprendido mi pregunta y volvió a repetirme que era preciso aplastar a Alemania. Era, sin duda, su *leit-motiv,* y después me lo encontré frecuentemente en sociedad repitiendo a cada cual, de grupo en grupo, que era preciso *aplastarrr* a Alemania.

La Embajada de los Estados Unidos no tenía casa en San Petersburgo, por lo cual el Embajador se instaló en el Hotel Astoria y fué allí donde dió un gran banquete para inaugurar su misión. Tuvo la amabilidad de invitarme, pero yo no creí que debía aceptar, teniendo además horror a estas fiestas en los hoteles, Me contaron al otro día que la comida había sido en la

planta baja; y después, todos los invitados, cubiertos de placas y cordones, habían tomado el ascensor y subido al departamento de Su Excelencia, donde se había bailado al piano. Uno de los secretarios, B., buen tipo de americano despreocupado, algo conmovido por los buenos vinos de la comida, quería a toda fuerza bailar con dos viejísimas damas de la Corte. —*¡Hallo, girls, will you have a dance?*

Fué algunos días después del comienzo de las hostilidades cuando un decreto imperial cambió el nombre de la capital, que se convirtió en Petrogrado. Tuve, pues, que cambiar todos los timbres, papeles y documentación de la Cancillería, lo que ocasionó bastante fastidio y algunas confusiones. He oído decir que ese cambio costó nueve millones de rublos al Estado ruso.

Durante la primera quincena de agosto las salidas de tropas se sucedían sin interrupción. Fué al principio la Guardia Imperial, reforzada con todos sus reservistas y cuyo efectivo total era, según se dijo, de cerca de cien mil hombres. Estas salidas partían el alma. Los regimientos de Infantería, sobre todo, arrastrando tras la mayoría de los soldados mujeres desconsoladas y chiquillos llorando que acompañaban a los suyos hasta las estaciones o el embarcadero. Iban precedidos de músicas militares, tocando a intervalos marchas lúgubres. Ningún entusiasmo en las tropas, nada de gritos, una resignación mohína, de rebaño sacrificado de antemano. Su equipo parecía pobre; una pequeña mochila medio vacía y un rollo de paja trenzada para servir de cama. Los zapatos me parecían impropios para ir de campaña. Todas esas tropas desfilaban con el más perfecto orden y daban impresión de la más estricta disciplina.

Debo, además, abrir aquí un paréntesis en homenaje de admiración al soldado ruso, modelo de valor, resistencia, sobriedad y disciplina. El capitán de Estado Mayor Luque, agregado militar a la Embajada y oficial del mayor mérito, me ha dicho frecuentemente que él consideraba al ruso como la mejor materia prima de soldado en Europa, y él entendía de eso por haber estado destinado junto a diferentes ejércitos. Desgraciadamente, el Alto Mando y también la organización, han sido muy deficientes durante la guerra... (1).

---

(1) Aquí queda cortado el manuscrito del Conde de Cartagena. (N. del T.)